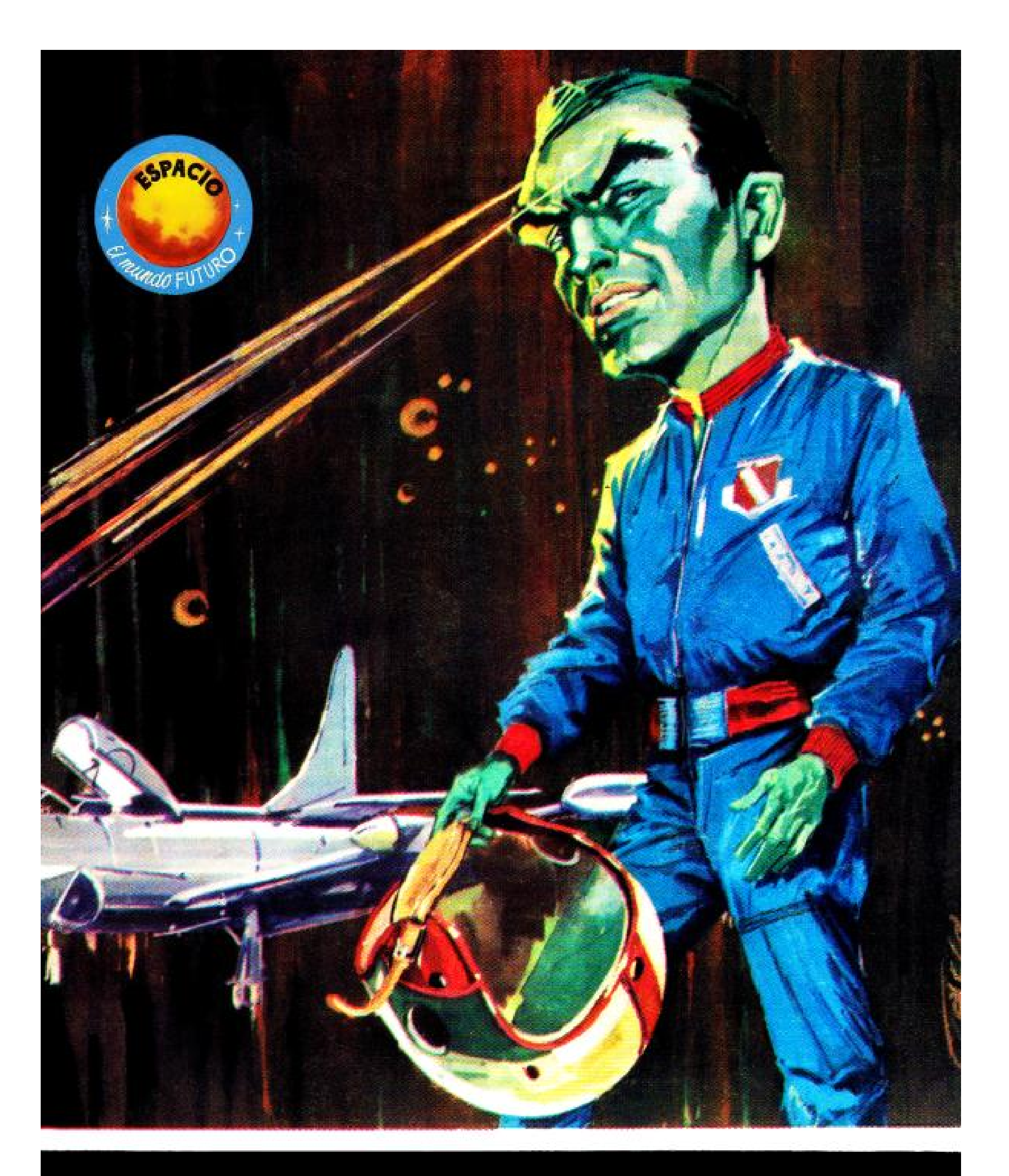


HOMBRE XXI

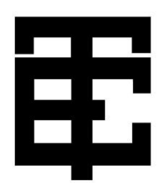
LAW SPACE

La plazuela estaba llena de gente. Al menos, parcialmente, ya que al fondo, a la izquierda, donde el dueño del bar había invadido la calzada con sus veladores, había sitio.

—Mira, allí hay una mesa vacía —dijo Nicolle—. ¿Nos sentamos?

—Como quieras.

Avanzaron, abriéndose paso entre las parejas que bailaban. Un poco a la derecha, algunos viejos contemplaban un programa de televisión en color y relieve. Parecía imposible que pudiesen oír algo. El estrépito de la orquesta, situada a la izquierda, sobre un tablado, era ensordecedor.



Law Space

Hombre XXI

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 357

ePub r1.0

LDS 04.04.19

Título original: *Hombre XXI*
Law Space, 1965
Cubierta: Miguel García
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




HOMBRE
XXI

CAPÍTULO PRIMERO

La plazuela estaba llena de gente. Al menos, parcialmente, ya que al fondo, a la izquierda, donde el dueño del bar había invadido la calzada con sus veladores, había sitio.

—Mira, allí hay una mesa vacía —dijo Nicolle—. ¿Nos sentamos?

—Como quieras.

Avanzaron, abriéndose paso entre las parejas que bailaban. Un poco a la derecha, algunos viejos contemplaban un programa de televisión en color y relieve. Parecía imposible que pudiesen oír algo. El estrépito de la orquesta, situada a la izquierda, sobre un tablado, era ensordecedor.

Cuando llegaron a la mesa, estuvieron a punto de perderla. Otra pareja iba a llegar. Albert tuvo que correr unos pasos y ganó la partida por unas décimas de segundo.

Riéndose, Nicolle se sentó ante él y colocó su cámara sobre la silla donde el joven había puesto su magnetofón portátil.

—¡Uf! —exclamó Nicolle—. Creí que nos la robaban.

—Yo también —dijo Albert, sonriendo—. Y francamente, tenía ganas de sentarme un poco. ¿Qué tomas? —agregó al ver que el camarero se acercaba.

—Un refresco…

—¿Qué va a ser? —inquirió entonces el camarero, deteniéndose junto a la mesa que los jóvenes acababan de ocupar.

—Un refresco y un cacao vitaminado para mí.

—Bien.

No hacía frío, a pesar de que estaban en diciembre, exactamente a 31 de diciembre de 1999. Grandes focos de infrarrojos, situados estratégicamente en las paredes de la casa, proyectaban un

calorcillo agradable sobre los dos centenares de personas que ocupaban la minúscula plaza.

—¿No crees que ya hemos hecho bastante? —preguntó la joven que acababa de beber un sorbo del refresco que le habían servido.

—Sí, Nicolle. El reportaje puede darse por terminado. ¡Vaya ocurrencia la del director! Hacer un reportaje en las calles y plazas de París en el final de año… de siglo, quiero decir.

—Manías de viejo romántico. Aunque, en el fondo, no se equivocaba al decir que la gente se tiraría a la calle para celebrar este final de siglo. Dentro de quince minutos estaremos en el año 2000.

—¡Qué emocionante! —se burló ella—. Hay algo ridículo en todo esto, Albert. Los humanos somos demasiado fetichistas y hemos dado mucha importancia a las fechas.

»A cada final de año, el hombre parece esperar que grandes cambios vayan a realizarse en el mundo y, particularmente, en su propia existencia… ¡Bobadas!

—Tienes razón. Somos esclavos de costumbres que no tienen razón de ser. Dentro de unos días, la gente se dará cuenta de que el año 2000 es idéntico al 1999 o a cualquiera de los otros que le precedieron.

Ella hizo un gesto para señalarle a los ocupantes de una mesa vecina.

—Fíjate en ésos, Albert.

El joven Baraz miró hacia aquel lado, hacia una mesa rodeada de hombres, cuatro en total, de una edad aproximadamente igual —unos 55 años—, que jugaban animadamente a las cartas.

—Para ellos —dijo la muchacha—, este cambio de siglo no significa nada extraordinario. Lo recordarán con agrado aquéllos que ganarán la partida…

Albert sonrió.

—Sin embargo, todos esperamos algo nuevo al entrar en un nuevo siglo.

—Te repites, Albert.

—Perdona. Pero tú me comprendes. ¿Verdad?

—¡Hum!

—No te hagas la disimulada. Hacía mucho tiempo que no tenía la ocasión de trabajar contigo. Cuando el director me dijo que

saldríamos juntos a hacer este reportaje… esperé que cosas muy grandes me ocurriesen.

—¡Y van a ocurrirte! Dentro de poco, penetrarás en ese mágico año primero del siglo XXI: ¡El tan cacareado año 2000!

—No te burles de mí.

—Estoy hablando en serio. Desde que era muy pequeña, apenas desde que tuve uso de razón, mi madre y mi padre empezaron a mirarme como a un bicho raro…

—¿Por qué?

—En seguida vas a saberlo. Yo nací, y ya ves que no temo decirte mi verdadera edad, en octubre de 1979…

—Lo sabía. Consulté tu ficha en el periódico.

—¡Pedazo de entrometido espía! —rió ella.

—No te enfades. Yo nací en el 75…

—¡Calla, Matusalén! Y deja que siga explicándote. Como te decía, mis padres tenían la costumbre de decirme: «Tú, hija mía, llegarás al año dos mil». Y me miraban de una manera rara, como si al nacer y traerme a este mundo me hubiesen obsequiado con algo extraordinario.

—¿Viven tus padres?

—¡Naturalmente! Y deben de estar celebrando el final de siglo en algún local de moda. Claro que, cuando yo era pequeña, ellos no pensaban llegar al año 2000.

»Siempre ha ocurrido igual, Albert. La gente tiene un temor mágico a los números. Cuando la humanidad se acercaba al año 1000, como recordarás, hubo un jaleo terrible, ya que todos los hombres creían que se acabaría el mundo.

—Pero ahora no se temía eso.

—No, ya sé que no. El 2000 ha sido, para los viejos, un año de esperanza. Desde la mitad de este siglo que está a punto de morir, la gente se refería al 2000 como a una época completamente nueva. Algo así como si la humanidad fuese a mudarse de ropa.

Bebió un nuevo sorbo de refresco.

—¡Qué manera de engañarse a sí mismo! Después de todo, la mayor parte de los avances técnicos de este año que vamos a estrenar proceden de los últimos treinta años. Y el mundo sigue

siendo tan aburrido e insípido como siempre.

—No debe hablar así una chica de veinte abriles.

—¡Por favor, Albert! Olvida para siempre esos formulismos del XIX. Está bien que llevemos sobre las espaldas los complejos de nuestro siglo, pero no eches mano de las estupideces de nuestros tatarabuelos.

Fue entonces cuando una joven, que parecía tremendamente asustada, tropezó con la mesa y tiró el cacaovitamínico sobre el flamante pantalón de Albert.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, llevándose las manos a la boca—. ¡Perdone, señor!

Baraz se había puesto en pie. Sacó un pañuelo y se estaba limpiando la mancha que maculaba parte de su pernera derecha.

—No se preocupe… —dijo sin mirar a la joven.

Ella avanzó unos pasos, deteniéndose junto a la mesa donde los cuatro hombres seguían su interminable partida de naipes.

—¡Papá!

El que estaba de espaldas a la mesa de los dos periodistas volvió la cabeza. Una sonrisa entreabrió sus labios, de los que pendía una colilla apagada.

—¡Jeanne! ¿Qué haces aquí?

—Es mamá, papá… Se encuentra mal…

El hombre lanzó una carcajada. Luego, volviéndose a sus compadres, dijo:

—¿Oís eso, amigos? Mi mujer se siente mal. Ya sabéis que estoy esperando un niño… o una niña. El número nueve. Mi mujer está tan acostumbrada a tener niños que protesta el año que no tiene uno. Y mi hijita, mi pobre Jeanne, se asusta.

Volvió a reír de forma estrepitosa.

—Anda, pequeña. Coge una silla y siéntate. Pide lo que quieras. Tu padre te invita.

—Pero, papá. Mamá…

—¡Deja que tu madre se arregle! Ella sabe lo que tiene que hacer. ¡Siéntate! Estaremos juntos en este final de año, ya que no nos vemos con mucha frecuencia. ¿Y tus hermanos?

—Jean y Claude se han ido a bailar. Madeleine, Josette y Elianne están con sus amigos. Fréderic, Yolande y Richard están con tía Paule…

Uno de los amigotes preguntó:

—Tendrás que pasar lista a la hora de la comida, ¿verdad, Gerard?

—No lo creas. En mi casa comemos por tandas. Yo casi siempre como solo.

—¡Imposible! —rió otro.

—Como queráis. Anda, siéntate, pequeña… ¡Camarero!

El hombre acudió con presteza.

—Sirve a mi hija lo que quiera —dijo. Luego se volvió hacia los otros—: ¡Sigamos la partida!

En la mesa vecina, Nicolle lanzó un suspiro.

—He ahí un hombre sabio —dijo—. ¿No lo crees así, Albert?

El periodista, que había terminado por abandonar la mancha de su pantalón, que estaba ya secándose, asintió con la cabeza.

—No parece ser de los que se conmueven.

—Porque la costumbre es una ladrona que se lleva toda la emoción que tienen las cosas. Cuando fue padre por primera vez, seguro que estaba nervioso, paseándose por una habitación vecina a su alcoba, mirando con horror a la partera que iba y venía con algodón, trapos y agua caliente.

»Luego, poco a poco, empezó a considerar que el nacimiento de un bebé es algo que ocurre todos los días, en todas las partes del mundo y a un ritmo verdaderamente tremendo… ¿Sabías que nace un niño cada veinte segundos?

—¡No me extraña! Con tipos como ese Gerard, no corremos peligro alguno de que se despueble el mundo.

Rieron.

En aquel momento, la orquesta cesó de tocar. Las parejas que bailaban volvieron la cabeza hacia la gigantesca pantalla de TV, sobre la que acababa de aparecer el rostro risueño de un popular locutor.

—¡Pueblo de París! —dijo el personaje de la TV—. Sólo faltan cuatro minutos para que termine el año… ¿Qué he dicho? Perdón, queridos amigos. Faltan menos de cuatro minutos para que termine el… ¡siglo!

»No sólo van a cambiar, una vez más, las hojas de nuestro calendario. Algo muy profundo y tremendamente importante va a suceder dentro de poco. Cien años van a quedar definitivamente

atrás.

»El siglo veinte está agonizando. Pero ocurre algo más, mis entrañables amigos. Cambiamos de año, de siglo y de… ¡milenio! En el contador gigantesco del tiempo, nos vemos obligados a cambiar esa primera cifra que ha sido hasta ahora el uno para colocar en su lugar el mágico dos.

»Para darse cuenta de la importancia de este gesto, baste decir que tendrán que pasar otros mil años para repetirlo una vez más…

Nicolle torció el gesto.

—¡Me da náuseas ese petulante! ¿No le oyes, Albert?

—A medias. Estoy tan acostumbrado a la verborrea de esos locutores, que ni siquiera les escucho.

—¡Un minuto solamente! —se desgañitaba el de la TV—. ¡Preparad vuestras copas, mis queridos televidentes! Vamos a brindar por el año que viene; el año dos mil, que inaugura todo un nuevo milenio.

A partir de aquel momento, la imagen del locutor desapareció. Un enorme reloj surgió en la pantalla.

Todas las miradas se clavaron en aquellas agujas que se movían lentamente hacia una reunión en el número doce.

—Te deseo un feliz año, Nicolle —dijo Albert.

—Gracias, amigo mío. Yo también te lo deseo.

—Y yo espero que te decidas…

—¿Otra vez a la carga, feo cosaco?

—Te quiero, Nicolle.

—¡Sí que eliges un momento grandioso para decírmelo! ¡Mira, las doce de la noche!

Una baraúnda infernal les envolvió. La gente gritaba, brindaba, reía, bailaba…

—¿Me das el beso de primero de año? —pidió él, mirándola con fijeza.

Ella lanzó una carcajada.

—No te aproveches, periodista de segunda. A mí no me impresionan siquiera los cambios de milenio… Dame ese beso.

Y le ofreció la mejilla.

Poco a poco, el escándalo fue cediendo y la pequeña plaza tornó a ser un lugar de reunión en el que se bailaba y charlaba con cierto comedimiento.

—Ya se han tranquilizado —dijo Nicolle—. ¡Míralos! Acaban de estrenar un nuevo milenio y ya están como antes.

—Sobre todo el tipo de esa mesa…

La periodista se volvió a medias para ver que se había reanudado la partida. La muchacha que fue a avisar a su padre del próximo nacimiento de un nuevo hermanito, bebía sonriente una copa de champán.

—Todo sigue igual… —suspiró Nicolle—. A medida que uno se hace mayor, se derrumban todas las maravillas mágicas que tanta importancia tuvieron cuando éramos niños. ¿Recuerdas alguno de aquellos finales de año?

—Sí. Tienes razón. Cuando no era más que un niño, imaginaba las cosas de una manera muy distinta. Para mí, el final del año era algo tan material y palpable como si se abriese una nueva puerta ante mí.

»Además, aquella fecha tenía una real significación. Yo crecía y, por ejemplo, un nuevo año significaba nuevos estudios, nuevas vacaciones… ¡Era maravilloso!

—Y ahora ¿no lo es? —sonrió ella.

—No es lo mismo. Ya hombre, me di cuenta de que, para que algo fuese verdaderamente maravilloso, era necesario que yo mismo lo crease y, lo que es más importante, creyese en ello.

—¡Divertido!

—No, más bien triste.

—¿Por qué?

—Porque cada vez es más difícil creer en algo nuevo. Las cosas han perdido aquel ropaje vistoso que antes tenían…

El grito de una mujer, que avanzaba hacia ellos, hizo que los dos jóvenes interrumpiesen la conversación.

La mujer, de unos cuarenta años, parecía asustada.

Pasó junto a la mesa ocupada por los periodistas y se detuvo ante la de los incurables jugadores de naipes. La muchacha la había visto y, olvidando el champán, miró a la recién llegada con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Así no se hacen los recados, Jeanne! —exclamó la mujer. Luego, poniendo la mano sobre el hombro de Gerard, que seguía jugando sin haber advertido su presencia, gritó—: ¡Señor Dupont!

—Pero ¡si es «*madame*» Lecler, mi simpática y amable vecina! ¡A

ver, camarero! ¡Algo para «*madame*»!

—¡No!

—¿Cómo? ¿Desprecia mi invitación?

—¡Déjese de invitaciones! ¡Ha nacido su hijo!

—¿Y por eso tanto ruido? ¡Por favor, amiga mía! ¿No cree usted que ya estoy acostumbrado a esa clase de noticias?

—Pero…

—Veamos. ¿Un niño o una niña?

—Un niño.

—¡Magnífico! ¡Otro Dupont, amigos míos, acaba de llegar al mundo! ¡Un Dupont del año dos mil! ¡Eso hay que mojarlo!

—¡Señor Dupont!…

—No se ponga así, vecina.

—¡Escúcheme! Es que ha ocurrido algo.

El hombre frunció el ceño.

—¿Madeleine? —inquirió con un tono de emoción en la voz.

—No, ella está muy bien.

—¿El niño?

—También está perfectamente.

—¿Entonces…?

—Escuche, «*monsieur*» Dupont… Es el niño…

—¿Pero, no acaba de decir que mi hijo está bien? ¿Es que es anormal? ¿Le falta algo?

—No.

—Pues ¡que me ahorquen si lo entiendo!

—Hay algo, «*monsieur*»… Su hijo… habla…

—¿Eh?

—Sí. Su hijo habla perfectamente y ha exigido no sé qué. Toda la vecindad está asustada.

Gerard Dupont se puso en pie.

—¡Vamos!

Intrigados, sus amigos abandonaron los naipes y echaron a andar detrás de su compadre.

CAPÍTULO II

—¡Camarero! —llamó Albert poniéndose en pie. Luego, mirando a la muchacha, le preguntó—: ¿Has oído eso?

—Sí.

—Y ¿no te parece una noticia sensacional?

Ella sonrió escéptica.

—Puede ser…

—¿Es que no lo crees?

El camarero llegó. Albert pagó su cuenta y ambos jóvenes echaron a andar rápidamente detrás del grupo que, en charla animada, seguía a «*madame*» Lecler.

—¡Un niño que habla al nacer! —exclamó el periodista, que había sujetado a su compañera por el brazo—. ¡Menudo notición!

—Si es cierto…

—Esa mujer no ha mentido.

—Podría haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Porque era la única manera de sacar de la partida al padre. Primero enviaron a esa joven; luego, viendo que Dupont no venía, la vecina se vio obligada a asustarle para hacerle volver a casa.

—¡Razonamiento de mujer! ¡Se huele a la legua! Razonamiento frío y lógico. ¡Parece mentira que tú, una periodista, carezcas de imaginación!

—Cosa que a ti te sobra.

—Es posible.

—Y hablando de cosas lógicas. ¿Vamos a dejar el coche aquí?

—Nos lo llevaremos a la vuelta. No creo que los Dupont vivan demasiado lejos.

Albert no se equivocaba.

En cuanto cruzaron una amplia avenida, el grupo que les precedía se metió en una de esas estrechas callejas que siguen siendo la atracción de los turistas de París.

Momentos después, los dos jóvenes entraban en un oscuro y maloliente portal y subían por una escalera cuya madera carcomida gemía a cada paso.

Los Dupont vivían en el tercer piso.

El rellano estaba lleno de gente. Todos los vecinos se habían reunido allí y los comentarios iban de un lado para otro, con un rumor de abejas irritadas, a la entrada de un panal.

Consiguieron abrirse paso. El apartamiento de los Dupont era tan sencillo y pequeño como esperaban. Un comedor minúsculo con muebles pasados de moda, un pasillo, en cuyo final había una cocina microscópica y, a derecha e izquierda del corredor, una serie de puertas que comunicaban con las habitaciones, con toda seguridad, se amontonaban los descendientes de la prolífica pareja.

La segunda puerta a la derecha era la de la habitación de los Dupont.

El pasillo estaba lleno de curiosos, pero Nicolle y Albert lograron, abriéndose paso a codazos, llegar hasta el umbral de la estancia. Era una alcoba de tamaño regular, con una cama en el centro.

Por fortuna, la estancia no había sido invadida por los vecinos. En ella no se encontraban más que la madre, el padre, «*madame*» Lecler y un hombre bajito, calvo, vestido de oscuro, que estaba inclinado sobre el lecho en el que yacía Madeleine Dupont.

En el momento en que los periodistas entraban en el cuarto, el hombrecillo calvo se volvió para gritar:

—¡Silencio, por favor!

Después, mirando con fijeza a la pareja, preguntó:

—¿Es usted el farmacéutico, señor?

—No —repuso Albert—. La señorita y yo somos reporteros. Pertenecemos al *Paris Monde.*

—¿Y ese farmacéutico? ¿Cuándo vendrá?

—Escuche, señor…

—Soy el doctor Lefèvre. Maurice Lefèvre, el médico de la casa…

—Encantado, doctor. ¿Es cierto que…?

El galeno asintió con la cabeza.

—Si se refiere a la maravilla que ocurre en esta casa, sí, es cierto.

—Entonces, ¿habla el recién nacido?

—Sí.

—Y ¿qué dice?

El médico suspiró.

—Se expresa con toda claridad —repuso—, pero hasta ahora se ha limitado a exigir una alimentación química a base de proteínas, vitaminas y sales fosfóricas. Por eso hemos llamado al boticario. Conozco naturalmente esas sustancias, pero él podrá interpretar mejor que yo los deseos del niño.

Intervino Nicolle, que hacía lo imposible por no sonreír.

—¿Es seguro que el bebé habla?

La vista de la muchacha dio un poco de color a las pálidas mejillas del médico. Incluso sonrió.

—Es cierto, señorita…

—Me llamo Nicolle Servais.

—Encantado. Si desea oírle, no tiene más que acercarse. Venga usted, por favor.

Albert se tuvo que contener al ver que el medicucho cogía a Nicolle por la cintura. Pero logró dominarse y se acercó, a su vez, hasta el lecho.

«*Madame*» Dupont estaba pálida, pero el brillo de orgullo que lucía en su mirada decía lo contenta que se hallaba de cuanto ocurría.

—Destápelo un poco, señora —rogó el médico, que no había quitado la mano de la cintura de la periodista.

Madeleine obedeció.

Al inclinarse, Nicolle entrevió, entre los pañales, la cabeza de un niño recién nacido, todavía con la piel congestionada. Tenía una cabellera negra, bastante abundante.

Los ojos del niño estaban cerrados.

Nicolle se volvió hacia el doctor como para interrogarle, ya que el bebé se parecía a cualquier otro que la joven hubiese visto.

—Espere… —dijo Maurice.

Y acercando su cabeza al niño, preguntó, con voz aflautada:

—¿Todo va bien?

Otra voz, mucho menos infantil de lo que Nicolle podía haber

esperado, brotó de entre aquel montón de trapos.

—Estoy empezando a impacientarme. Y tengo hambre. ¿Cuándo van a darme lo que he pedido?

—En seguida…

En aquel momento, y mientras Nicolle y Albert se estremecían de pies a cabeza, un hombre gordo, vestido de forma llamativa, penetró en la habitación. Su voz era ronca y profunda.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué me han llamado?

El médico soltó a Nicolle y se acercó al recién llegado.

—¡Hola, François! —exclamó, estrechando la mano que el otro le tendía.

—¿Qué pasa aquí, Maurice?

Los ojos del galeno adquirieron un brillo triunfal.

—¡Algo maravilloso, François! Mañana, todos los periódicos del mundo hablarán de nosotros. Justamente… Mira; esta señorita es periodista.

Mientras, Albert había puesto en marcha el magnetofón portátil y estaba grabando la conversación entre el médico y el farmacéutico.

—Pero, entonces —dijo éste—, ¿es cierto lo que me han contado?

—Sí, amigo mío. ¡Cierto! Un niño que apenas acaba de nacer y que habla con la perfección de un adulto… ¡Qué digo! ¡Mejor que un adulto, ya que ha solicitado una alimentación utilizando nombres científicos!

—¡No lo creo!

—Ven conmigo. En seguida te convencerás.

Los dos hombres se acercaron al lecho. Moviéndose detrás de ellos, Albert colocó el micrófono de forma que captase todo lo que iba a decirse.

—Aquí está ya el hombre que puede proporcionarle lo que pide.

Albert sonrió al comprobar que el galeno llamaba de «usted» al recién nacido.

Y la voz volvió a brotar de los pañales.

—Entonces, si está aquí ese hombre, que tome nota. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Sí, sí… Saca tu bloc, François.

El gordo obedeció.

—Ya está.

Y la voz se alzó, casi en una octava, para decir:

—Apunte. La alimentación a que deseo ser sometido debe estar compuesta de la manera siguiente: 25 por ciento de proteínas, con una proporción densa de ácido glutámico. Toda la gama de vitaminas, pero sobre todo el grupo de las B y una fuerte dosis de D. ¿Entienden?

—Sí… —balbuceó el gordo, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Bien. Sigo… Además, se me proporcionarán, por vía oral, un millón de unidades de penicilina al día, y un gramo de estreptomicina. ¿Han descubierto ya la «bioclastina»?

—¿Eh? —Se atragantó el farmacéutico.

—Bueno, es igual —siguió diciendo el bebé—. Tome nota de las proporciones que ha de utilizar para la mezcla que sustituirá a la «bioclastina».

»Utilizará germen de trigo y embrión de pollo de tres días. Macerará la mezcla y después la pasará por la centrifugadora antes de filtrarla. Luego la llevará al autoclave, manteniéndola a treinta y seis grados durante dieciocho horas. Después…

Siguió hablando.

Albert miró a Nicolle, percatándose que la sonrisa había desaparecido definitivamente de los labios de la muchacha. Estaba pálida, pero no tanto como el gordo farmacéutico, que sudaba sin cesar.

—Eso es todo —dijo la profunda voz del recién nacido—. Es decir, tengan la amabilidad de decir a esta mujer que tengo a mi lado que deje de besuquearme. Si le hacen un cutirreacción tuberculina, encontrarán una positividad peligrosa. Lo mejor sería sacarme de aquí y llevarme a una clínica.

* * *

Ya en la calle, Albert lanzó un profundo suspiro. Luego se volvió hacia la muchacha, que caminaba silenciosamente a su lado.

—¿No es maravilloso, Nicolle? —le preguntó.

—No.

—¿Eh?

—Yo lo encuentro monstruoso.

—Pero ¿qué estás diciendo? Conseguimos el reportaje más sensacional que podríamos esperar ¡y tú lo calificas de monstruoso!

—Porque lo es.

—¡Bah! Yo creo todo lo contrario. ¡Nada menos que un niño que habla al nacer, que demuestra conocimientos formidables! ¡Y ese niño es francés, no lo olvides! ¿Te das cuenta de la importancia del hecho?

—¡Bah! Tu deformación patrioterista me asquea en estos momentos.

—¿Es que querrías que ese chico fuese americano o ruso?

—Lo que desearía es que semejante monstruo no hubiera nacido en parte alguna.

—¡La verdad es que no te entiendo!

—Porque eres un hombre. Yo, la verdad, estaba maravillada en un principio. Como tú. Pero luego, cuando ese… lo que sea habló crudamente de «la mujer que tenía al lado», acusándola de padecer tuberculosis… ¿Te das cuenta? Renegaba a su madre. Pues bien, si su inteligencia superior le ha servido sólo para eso, ¡lo mejor que podría hacer sería morirse!

—¿Te has vuelto loca?

—Estoy más cuerda que nunca.

—No lo creo, Nicolle. Todos los países del mundo han estado siempre orgullosos de sus niños prodigio. Que un pequeño de seis años toque el piano como un maestro, que uno de ocho resuelva ecuaciones diofánticas… todo eso es estupendo. ¡Imagínate ahora lo que el mundo va a maravillarse ante un niño francés que se expresa correctamente y que habla de química y de nutrición media hora después de haber llegado al mundo!

—¡Monstruoso!

—Eres tozuda, amiga mía. Mira, ya estamos junto al coche. Despertaré, si es necesario, al director. Quiero que este reportaje pase a primera página y en edición especial y extraordinaria.

Ella no dijo nada.

Conduciendo a la mayor velocidad posible por las calles abarrotadas de gente que seguía celebrando la llegada del nuevo año, fueron avanzando hacia la, redacción de *Paris Monde*, situada cerca la Place de la Republique.

—¡Vaya sorpresa que nos ha dado el año dos mil! —exclamó Albert.

—Esperemos que no sea nada desagradable.

—¡Y dale! Cuando una cosa se te mete en la cabeza, no hay nada que hacer. Piensa en nuestra fama, en todo lo que éste estupendo reportaje puede proporcionarnos.

—Estoy pensando en ella.

—¿En quién?

—En esa pobre madre.

—¿Y la llamas «pobre»? Será la mujer más famosa de todos los tiempos. ¡Casi nada! Es como si le hubiese caído el premio gordo de la lotería.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido. Ganará tanto dinero, que no sabrá qué hacer con él. ¡Ya verás! De aquí a pocos días, los Dupont habitarán una casa residencial, tendrán criados, coches… ¡Y todo gracias a ese bebé excepcional!

—¡Y tan excepcional!

—¿Qué quieres decir?

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Nicolle.

—Lo que quiero decir es que, generalmente, una madre ha de esperar bastante tiempo para darse cuenta de que sus hijos la desprecian. Normalmente, eso suele suceder bastante tarde, lo cual permite que la madre goce de sus niños durante unos años.

»En este triste caso, Albert, esa pobre madre no ha tenido que esperar a que su hijo saliera sólo la primera noche, fumase el primer cigarrillo o se echase la primera novia.

Albert frenó el coche ante el edificio del periódico.

—La verdad es que no comprendo tus ideas. Pero no voy a dejarte que escribas un artículo fúnebre. Haremos algo optimista, lleno de alegría. Despertaremos el orgullo de todos los franceses.

—Como quieras.

Momentos después atravesaban el vestíbulo del edificio, siendo abordados por el vigilante nocturno.

—¡El director ha llegado! —anunció el viejo con una voz chillona.

—¿Eh? —se extrañó Albert—. ¿El señor Lavoix está aquí? ¿A estas horas?

—Sí, señor Baraz. También están los redactores jefes.

—¿Arriba?

—Sí. En el despacho del señor director.

—Bien, gracias… Vamos, Nicolle.

El ascensor les condujo hasta la tercera planta. Al salir al pasillo que servía de rellano, vieron, en efecto, la luz que brotaba del despacho del director.

Oyeron voces y el ruido producido por alguien que acababa de dejar, con cierta violencia, el microteléfono sobre la horquilla.

Albert dio unos golpecitos sobre el cristal traslúcido de la puerta.

—¡Adelante! —le gritaron desde dentro.

Haciéndose a un lado, el joven empujó la puerta para permitir que Nicolle le precediese. Luego entró él, mirando curiosamente a los allí reunidos.

Se percató en seguida de que «algo» flotaba sobre el ambiente. Tanto el director como sus colaboradores más directos, los redactores jefes de sección, ofrecían unos rostros hoscos y preocupados.

—Pasen —les dijo el director—. Supongo que cuando han subido hasta aquí es que tienen algo importante que comunicarme, ¿verdad?

Albert asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Nicolle y yo hemos hecho un reportaje de suma importancia. Se trata de un niño, nacido hace una hora…

Algo, en la mirada del director, le hizo cortar la frase.

—No hace falta que continúe, Baraz. Creo saber lo que falta. Un niño que, nada más abandonar el seno materno, habla, pide comida con fórmulas químicas… ¿No es eso?

—Sí… —balbució el reportero—, pero ¿puedo saber quién se nos ha adelantado, señor? Le juro que no había allí más periodistas que nosotros.

—Y le creo. No estoy hablándole del mismo caso.

Albert abrió los ojos como platos.

—¿Eh? —Sólo supo decir.

—Sí. Cuando usted ha nombrado a un niño, he supuesto el resto. Porque, precisamente, estamos aquí por un asunto semejante. Al salir de casa, llamé a estos señores para explicarles mi problema y

hacer lo posible por impedir que fuera de dominio público.

—La verdad es que no comprendo, señor.

—Pues es muy sencillo, amigo mío. Mi hija Josianne ha tenido un niño de… ésos… Nació dos minutos después de medianoche.

CAPÍTULO III

Durante unos segundos, Albert se quedó sin habla. Estaba estupefacto. Luego, sin dejar de mirar al director, dijo:

—Entonces, el caso que hemos visto Nicolle y yo no es el único.

—Eso parece.

—¡Y nosotros que deseábamos ofrecerle el reportaje más sensacional de nuestra vida!

—Lo siento. No quiero, por el momento, ninguna clase de publicidad. Por otra parte, he llamado al profesor Meunier, que por desgracia está pasando este final de año en la Costa Azul. Me ha prometido visitar mañana a mi hija y al… niño.

—Perdone, señor…

—¿Qué hay, Baraz?

—Creo que usted se toma ese asunto de una manera… ¿cómo diría yo? Un tanto pesimista. Ser el abuelo de…

Lavoix le fulminó con la mirada.

—¡Calle, Albert! No, no me hace ninguna clase de gracia ser el abuelo de esa criatura. Cuando le oí hablar, con aquella suficiencia, con aquella petulancia, envuelto en sus pañales, sentí un frío horrible que me recorría la espalda. ¡No, no quiero ser el abuelo de un monstruo!

—No es un monstruo, señor.

—¿No?

—No. Si han nacido varios niños con esas características, yo creo que se trata de algo mucho más importante. Durante todos estos años, a lo largo de muchos reportajes, he oído decir a los padres que los niños venían al mundo cada vez más despabilados, más inteligentes… ¿Qué de extraño sería que ahora llegasen sabiendo hablar y con una inteligencia ya desarrollada?

—Sea como fuera —repuso el director del periódico—, no estoy dispuesto, al menos por el momento, a que se haga publicidad alguna de estos dos nacimientos.

—Como usted quiera, señor director.

—Por lo menos —siguió diciendo Lavoix—, hasta que el profesor Meunier haya examinado a la criatura.

—¿Y el otro niño?

—¿Quiénes son sus padres?

—Una pobre gente. Como le dije antes, no estábamos presentes más que Nicolle y yo. Claro que otros periodistas pueden visitar la casa.

—No importa. Ustedes dos pueden retirarse cuando quieran. En cuanto vuelvan mañana; es decir, hoy, creo que podré darle instrucciones concretas. De todas formas, preparen su reportaje como si nada hubiese ocurrido.

Albert acompañó a Nicolle hasta la casa de ésta.

Luego, una vez solo, condujo su coche hacia la casa de los Dupont. Quería saber lo que estaba ocurriendo allí. Las calles se habían ido vaciando poco a poco y la gente que celebró el fin de año se estaba recogiendo en sus casas.

En las calles quedaban los restos de aquella fiesta que la ciudad había hecho al año nuevo: serpentinas, confetis y farolillos que habían sido aplastados y que yacían, deformados, sobre el asfalto. También pudo ver objetos curiosos que la gente había extraviado: zapatos de mujer, lazos de papel e incluso un sombrero de color verde.

Detuvo el coche junto a la callejuela donde vivían los Dupont.

Allí seguía existiendo la misma efervescencia que cuando ocurrió el insólito acontecimiento. Baraz tuvo que abrirse paso por una escalera que estaba llena de gente. Cuando llegó al tercer piso, oyó los mismos comentarios que en su primera visita.

No hubiese conseguido, sin embargo, penetrar en la casa, a no ser por el mismo señor Dupont que, al verle en el rellano, le reconoció y le hizo un gesto con la mano.

Aquello fue el «sésamo ábrete» que permitió a Albert penetrar de nuevo en la casa. No le sorprendió ver al farmacéutico y al médico que estaban conversando animadamente.

—¿Todo sigue igual? —preguntó a Dupont.

—Voy a ser un hombre famoso —repuso Gerard—. ¿Sabe usted que han venido otros periodistas cuando ustedes se fueron?

Era precisamente lo que Albert temía.

—¿Han visto al niño? —preguntó inquieto.

—Sí. Han sacado fotografías y recogido la voz de mi hijo. Lo curioso es que parece que el bebé está bastante enfadado y no deja de exigir que se le traslade a una clínica. Precisamente, uno de los periodistas ha prometido ocuparse de ese asunto.

—¿Van a llevarle entonces a una clínica?

—Sí. El niño tenía razón al afirmar que mi esposa estaba… un poco delicada. El doctor le ha hecho una reacción en el brazo, arañándola con una aguja. Después ha dicho que tendría que ser tratada contra su enfermedad.

—Comprendo.

Sabiendo ya lo que le interesaba, Albert abandonó la casa de los Dupont, pensando que ya era hora de irse a descansar. Pero antes llamó por teléfono al director de *Paris Monde* para comunicarle que otros miembros de la Prensa conocían ya la existencia de la extraordinaria criatura de los Dupont.

* * *

Al bajar del avión que acababa de posarse en Orly, el profesor Meunier vio que le estaban esperando.

Con un pequeño maletín en la mano, cruzó el espacio que le separaba de la sala de recepción y estrechó la mano de Lavoix, que iba acompañado por un hombre delgado, joven, de cabellos rubios y ondulados.

—Éste es el profesor Meunier —dijo. Luego, señalando a su acompañante, añadió—: Le presento a mi hijo político, Henri Delafois.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

Luego, sin decir una palabra más, se dirigieron hacia el coche de Lavoix, que les esperaba en la zona de aparcamiento. Subieron a él y el director del periódico ordenó al chófer que les condujera directamente a la casa de Henri.

Después de encender un cigarrillo, el profesor Meunier se volvió hacia Lavoix para preguntarle:

—¿Siguen las cosas tal y como me dijo esta madrugada?

—Sí.

—Veamos, ¿quién puede explicarme lo que ocurrió desde el principio?

Meunier había mirado al joven Henri, esperando que fuera éste quien informase. Pero Delafois hizo un gesto negativo con la cabeza, al tiempo que señalaba a su suegro.

—Mi padre político estaba en la habitación —dijo.

—Es cierto —replicó Lavoix—. Mi yerno estaba demasiado nervioso y, además es comprensible que no asistiera al parto. Es su primer hijo…

—Comprendo. Hable usted entonces, Lavoix.

—¿Qué puedo decirle?

—Todo. ¿Cómo nació el niño?

—Con toda normalidad. El tocólogo que le asistía es el doctor Domond. Seguro que le conoce usted.

—Si. Siga, por favor.

—Ya le he dicho que el parto fue completamente normal. Yo estaba muy contento al ver que tenía un nieto. Después de la intervención del tocólogo, colocamos al niño en una pequeña cuna, cerca de su madre. Y estábamos atendiendo a ésta cuando, de repente, oímos una voz extraña en la habitación.

»Ya puede usted imaginarse, profesor, nuestro sobresalto. Pero fue el doctor Domond quien se acercó a la cuna, frunciendo el ceño. Recuerdo que estaba muy pálido, aunque lo mismo debía de ocurrirme a mí.

—¿Qué más?

—Durante unos instantes, el niño no dijo nada. Hasta llegamos a creer que habíamos sido víctimas de una alucinación auditiva. Pero el bebé empezó a hablar de nuevo y yo vi cómo el rostro del doctor Domond cambiaba de color.

—¿Qué dijo el niño?

—Pedía una alimentación especial, dando nombres de sustancias que, en su mayor parte, yo no había oído jamás. El doctor tomaba notas en su cuaderno y luego, cuando el niño cesó de hablar, se volvió hacia mí para decirme que era lo más extraordinario que había visto jamás.

—¿Qué hizo después?

—Ordenó que le trajeran aquellas sustancias y alimentó al pequeño, utilizando un biberón especial en el que disolvió una serie de pastillas y polvos que un farmacéutico amigo suyo le trajo de casa.

—¿Y luego?

—El niño se durmió.

—¿No hubo nadie que le dijera que la alimentación normal debía procurársela su propia madre?

—¡Oh, sí! El doctor Domond le dijo, lo recuerdo perfectamente, lo que usted acaba de decir. Pero el bebé repuso que no era aquello lo que le convenía y que exigía que obedeciesen sus instrucciones. ¡Estoy asustadísimo, profesor!

—Y yo también —terció Henri Delafois.

Claude Meunier hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Es de veras extraordinario —musitó en voz baja, como si hablase consigo mismo—. Nunca supe de un caso de precocidad tan avanzada. Y hasta parece imposible. Por muy rápidamente que hable un niño, ha de aprender forzosamente los elementos del lenguaje…

Levantó la cabeza y clavó su aguda mirada en el rostro de Lavoix.

El coche acababa de detenerse.

Los tres hombres bajaron del vehículo y penetraron en el edificio en el que habitaba Henri Delafois. Juntos cogieron el ascensor, que les condujo al piso doce de aquel edificio recién construido, que estaba situado en los alrededores de la ciudad, en una zona donde abundaban las construcciones residenciales.

Una criada les abrió la puerta, pero al entrar en el salón, se encontraron ya con un hombre alto, delgado, de rostro cetrino y cabellos oscuros.

Reconociendo al profesor Domond, Meunier le estrechó la mano y los dos hombres se dirigieron, seguidos por Lavoix y su hijo político, a la habitación que ocupaba la hija del director del periódico.

La estancia era amplísima y ocupaba uno de los ángulos de la casa, prolongándose hacia el exterior en una gran terraza repleta de flores. La luz entraba a raudales y caía sobre un lecho de dimensiones colosales.

Pálida aún, Marcelle Delafois tenía los grandes ojos azules inmensamente abiertos, A la derecha de su lecho, no lejos del sitio que ella misma ocupaba, se hallaba una elegante cuna junto a la que había sido colocada una mesita auxiliar, con ruedas, repletas de frascos, de etiquetas complicadas.

—Sí, profesor —dijo Domond mientras los dos hombres se acercaban a la cuna—. Puede parecerle imposible, pero pronto podrá comprobarlo y darse cuenta de que nos encontramos ante un caso verdaderamente extraordinario.

Ya junto a la cuna, que no dejaba ver nada más que un trozo de frente oscura, entre las finas mantas que envolvían al niño, Meunier preguntó:

—¿Tomó toda la alimentación que pidió?

—Sí. Lo hace cada media hora.

—¿Eh?

—Eso es lo que también a mí me extraña. Cualquier bebé que estuviera sometido a una nutrición tan intensa y rica en elementos biogenésicos, no podría tolerarla.

—Veamos al niño —se decidió el profesor.

Domond se inclinó sobre la cuna.

Y entonces, una voz clara, terminante, con un tono insistente y dominante, dijo:

—¡No me toquen!

Domond se detuvo, como si acabase de picarle una avispa. Se volvió hacia Meunier, interrogándole con la mirada. Éste había fruncido el ceño y, con un gesto adusto, retiró a un lado al tocólogo, acercándose decididamente a la cuna.

La voz volvió a dejarse oír, ahora más fuerte que antes:

—¡No me toque, profesor Meunier! Si quiere hacerlo, para satisfacer su curiosidad científica, desinfecte antes sus sucias manos, póngase una bata y cubra su aliento con una mascarilla.

Claude se incorporó un tanto, abriendo desmesuradamente los ojos.

Desde que Lavoix le había telefoneado, en las primeras horas del nuevo año, no había conseguido creer todo lo que el director de *Paris Monde* le había dicho. Pero ahora estaba delante de una realidad incomprensible, de algo con lo que no esperaba encontrarse.

De todas formas, Meunier era tozudo. Como todos los hombres de ciencia, no se dejaba vencer por las dificultades que se opusieran en su camino. Después de unos instantes de silencio, consiguió enarbolar una sonrisa y dijo:

—De acuerdo. Voy a tomar todas las precauciones necesarias para una buena asepsia. Pero haré ese examen.

No tardó más de veinte minutos en proveerse de cuanto le era necesario. Envió un criado a su laboratorio para que trajera el material y el equipo, no sólo para él sino también para Domond. Pero, además, curándose en salud, llamó a su lado a su mejor ayudante, un joven biólogo que ya era una promesa, llamado Richard Vosges.

No queriendo molestar a la madre de la extraordinaria criatura, Meunier consiguió que se habilitase una estancia vecina, que Henri le cedió con muchísimo gusto, y donde organizó una especie de pequeño laboratorio, trasladado después la cuna, que empujó él mismo, al tiempo que rogaba a Lavoix y a su hijo político que les dejasen solos.

Cuando estaban ya en la habitación, dispuestos ya a sacar al niño de su minúsculo lecho, la voz de éste volvió a sonar tan clara y terminante como de costumbre:

—Podría usted haberme dicho, profesor Meunier, que necesitaba ciertos datos sobre mi organismo. Pero puede usted satisfacer su curiosidad por sí mismo.

Sin escucharle, Meunier deshizo el complicado envoltorio de pañales, cogiendo a la criatura en sus enguantadas manos.

—¡Dios mío! —exclamó el doctor Domond.

—¿Qué ocurre? —preguntó el profesor.

—¿Es que no lo ve usted? Esa criatura ha crecido cerca de veinte centímetros.

—Ya lo he notado. Tampoco su peso corresponde a un recién nacido. ¿Cuánto pesaba al nacer?

—Tres kilos, cuatrocientos cincuenta…

—Debe de pesar ahora el doble. Pero lo comprobaremos. Prepare la báscula, Richard.

Pesaron al bebé, y luego lo midieron. El aspecto del cuerpo era completamente normal, aunque la cabeza parecía un poco demasiado voluminosa. De todas formas, las medidas generales de

un recién nacido correspondían casi perfectamente a las que comprobó Richard Vosges.

Dejaron al niño sobre una mesa en la que habían colocado un plástico inmaculado.

—¿Satisfecho, profesor? —inquirió el bebé, que ahora había abierto los ojos.

—Primero quisiera saber cómo conoces mi nombre.

—Muy sencillo. Lo he oído varias veces. Y así me enteré que iban a llamarle a usted.

—También quisiera saber quién eres en realidad.

—Un niño. ¿No lo está usted viendo?

El profesor se mordió los labios.

Durante cerca de tres horas, estuvieron examinando aquella criatura extraordinaria, con todo detalle, hasta que, exhaustos, volvieron a envolverle en sus pañales, lo colocaron en la cuna y lo llevaron de nuevo junto a su madre.

Después, reunidos los hombres en el despacho del joven Delafois, el profesor anunció con voz grave.

—Lo siento. Pero ustedes no pueden guardar aquí a esa criatura.

—¿Cómo? —inquirió el padre—. ¿Van a llevársela?

—Es lo más prudente. Montaremos una instalación en mi laboratorio y allí podremos observarle hasta que podamos explicamos este raro fenómeno.

—No es el único caso —dijo Lavoix.

—¿Qué quiere usted decir? —le preguntó el profesor, mirándole con extrañeza.

—Hay otro caso. Dos periodistas míos lo descubrieron anoche.

Y explicó, con todo detalle, lo que le habían comunicado Albert y Nicolle.

El rostro del profesor Meunier había cambiado de expresión.

Su frente se plisó en multitud de arrugas, al tiempo que sus ojos adquirían un brillo plomizo.

—Esto cambia por completo el problema —dijo—. Quiero ver inmediatamente a esos periodistas para que me acompañen hasta la casa de esa familia Dupont. Pero, antes, voy a llamar por teléfono al ministerio de sanidad. Por el momento, esos niños deben ser retirados de la circulación.

CAPÍTULO IV

La reunión se celebró, dos semanas más tarde, en el Palacio de Ciencias de París.

Un millar de conferencias telefónicas, casi cincuenta mil telegramas y otros medios de comunicación habían cruzado gran parte del mundo, llevando de un lado para otro informaciones de la mayor importancia relacionadas con el nacimiento de lo que el pueblo, siempre bromista, había ya bautizado con el nombre de «bebés parlanchines».

El anfiteatro del Palacio de Ciencias estaba abarrotado. En los graderíos que se extendían, en forma de semicírculo, alrededor de la mesa de los oradores, se hallaban los profesores y biólogos que habían llegado desde todas las partes del mundo. La parte alta del hemiciclo estaba ocupada exclusivamente por periodistas.

Entre ellos se encontraban, naturalmente, Albert Baraz y Nicolle Servais.

Destacaban, entre los asistentes, todos ellos profesores, Coward, de Inglaterra; Sepletton, de los Estados Unidos; Ralin, de Bélgica; Fiorelli, de Italia; Sánchez, de España; Dureiro, de Portugal; Treuze, de Alemania occidental, y otros muchos que llevaban a la reunión sus observaciones particulares.

Detrás de la amplia mesa, en la tribuna de los oradores, se hallaba el profesor Meunier, a cuya derecha estaba sentado su ayudante, Richard Vosges.

Después de los primeros momentos de expectación y cuando todos los presentes se hubieron acomodado en sus respectivos asientos, un silencio cayó sobre la sala, sin que nadie lo hubiese exigido.

Claude Meunier se puso en pie.

—Mis queridos colegas —empezó diciendo—: Nos hemos reunido aquí para discutir sobre uno de los problemas más grandes con los que la humanidad se haya enfrentado. No estamos aquí, sin embargo, para hacer discursos.

»Por lo tanto, seré breve y resumiré los hechos. Después cederé la palabra a aquellos que la soliciten, esperando que lo hagan sólo para aportar nuevos conocimientos a esta cuestión.

Hizo una pausa, girando la cabeza de un lado a otro para abarcar a la masa humana que se extendía ante él.

—Por los conocimientos que poseemos hasta el momento, sabemos que en el primer día del año 2000, que acabamos de inaugurar, nacieron en la Tierra un numeroso grupo de criaturas que poseían unas cualidades ciertamente extraordinarias.

»Al principio, cada uno de nosotros creyó que el fenómeno sólo se había producido en su país, en la ciudad en la que se encontraba. Comunicaciones posteriores nos han demostrado lo contrario.

»Todos los aquí presentes han comunicado, en tiempo oportuno, el nacimiento de esos bebés superinteligentes. Sólo carecemos de noticias sobre lo que haya ocurrido más allá del Telón de Acero y en el seno de la China comunista.

»Un simple cálculo, recordando que el número de nacimientos estaba, el día uno de Enero del año 2000, en tres por minuto, nos llevará a calcular que en aquel día nacieron en la Tierra, aproximadamente,
25 920
niños. De esos nacimientos, hemos podido controlar
13 812,
entre todos los países occidentales y africanos.

Uno de los presentes, el profesor Fiorelli, pidió la palabra.

—Quisiera hacer una observación —dijo, poniéndose en pie—. Los nacidos en Italia, en ese día, pertenecen todos al sexo masculino.

—Sí, profesor —repuso Meunier—. Eso mismo ha sucedido en los
13 812
que hemos calculado. Y aquí empieza, a mi modo de ver, la primera anormalidad.

Intervino el profesor Sepletton, de los Estados Unidos.

—Otra de las observaciones que pueden hacerse —dijo— es la del crecimiento y aumento de peso y estatura de esos recién nacidos.

—En efecto. En quince días, esos bebés extraordinarios han dejado de ser bebés. Su peso y estatura, por los datos recibidos en todas las naciones aquí representadas, corresponderían a las de un niño normal de diez años.

»Los ciento setenta y cuatro que poseemos en Francia, todos ellos confinados en el laboratorio de Biología, han sido estudiados con todo detenimiento. Y está claro que se debe a la excepcional alimentación recibida que se hayan desarrollado de esa descomunal manera.

Sánchez, de España, levantó la mano a su vez.

—Yo también tengo que hacer una observación —dijo—. Los ochenta y tres niños que hemos concentrado en el Centro Biológico de Madrid han expresado su deseo de reunirse con los otros bebés, lo antes posible.

El profesor Dureiro, de Portugal, se puso en pie.

—Lo mismo ocurre en los que tenemos en Lisboa.

Meunier hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Creo, amigos míos, que ha ocurrido lo mismo en todas partes. Ha sido bastante desagradable para nosotros comprobar la inteligencia superior de que están dotados esos niños. Por mi parte, en las observaciones que hemos hecho con la ayuda de los eminentes psicólogos franceses, puedo afirmar que cualquiera de esos «bebés» posee una inteligencia superior o igual a la de cualquiera de nuestros hombres de ciencia actuales.

Fue entonces cuando intervino el profesor Treuze, de Alemania Federal.

—El grupo que hemos reunido en Bonn, ha exigido también que lo juntásemos con los demás niños nacidos en esa fecha. Pero hay algo más, señores. Los nuestros han exigido que concentremos a todos ellos en una isla.

—¿En qué isla?

—Parecen haber elegido la de Pantelleria, al sur de Sicilia.

Fiorelli se incorporó, casi de un salto.

—¿Cómo? Esa isla pertenece a Italia y está poblada.

El alemán se encogió de hombros.

—No he sido yo quien ha pensado en esa isla, profesor Fiorelli. Repito que la idea fue dada por uno de los bebés de Bonn.

Meunier se percató de que la discusión cambiaba rápidamente de rumbo. Iban a necesitar días, quizá semanas o meses, para ponerse de acuerdo. En realidad, lo ocurrido sobrepasaba en mucho cualquier problema científico.

—Un momento de tranquilidad, señores —rogó—. Creo que nos estamos apartando un poco de los temas que nos han reunido aquí. Yo propondría que enfocásemos, sobre todo, el fenómeno en sí…

No pudo continuar.

La puerta central de la sala acababa de abrirse. Seis siluetas menudas, que hubieran podido corresponder a las de unos niños de diez u once años, aparecieron en el umbral.

Pero lo extraordinario eran sus caras.

Tenían rostros de hombres adultos. La anchura descomunal de las frentes, ofrecía entradas en el cabello que no podían corresponder, en modo alguno, a criaturas de aquella temprana edad.

Iban vestidos con una especie de «monos», de color azul eléctrico. Llevaban botas que parecían zapatos de deporte. Andaba con lentitud, destacando en sus cuerpos, perfectamente constituidos, la masa de las cabezas que les daban el aspecto grotesco de esos «cabezudos» que pasean por las calles para celebrar ciertas fiestas populares o carnavalescas.

Se hizo un silencio completo.

Los «niños» avanzaron hasta detenerse junto a la mesa que ocupaban el profesor Meunier y su ayudante. Uno de ellos, volviendo la espalda al profesor, se dirigió hacia los allí presentes.

—Nadie les ha autorizado —dijo con voz vibrante— a consideramos como un fenómeno digno de estudio. Desde nuestro nacimiento, hemos procurado proporcionarles cuantos detalles les interesaban. Pero ha llegado el momento en que obremos por nosotros mismos.

Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

—Formamos una generación especial y única. Ninguno de ustedes podría llegar a comprender las responsabilidades que hemos adquirido al nacer. Sé que ustedes han hablado de la petición de uno de los nuestros respecto a la isla Pantelleria.

»Necesitamos, en efecto, un lugar apartado para poder llevar a cabo la misión que se nos ha encomendado al nacer con estos privilegios. Basta de considerarnos como algo curioso y digno de estudio.

Una especie de sonrisa, que más parecía una mueca, entreabrió los labios del que hablaba.

—En todo caso, ustedes sí que constituirían un fenómeno curioso para nuestro estudio. Pero no deseamos perder el tiempo en esas nimiedades. Vamos a darles un plazo prudente, de una semana, para que tomen las medidas pertinentes y nos trasladen, por vía aérea, a la isla de Pantelleria.

»Ni que decir tiene que, en ese mismo plazo de tiempo, las autoridades italianas tendrán que haber evacuado la totalidad de la población de aquella isla.

Sin poder contenerse, el profesor Fiorelli, con el rostro enrojecido por la cólera, se puso en pie.

Su brazo extendido pareció apuntar a los «niños».

—¡Eso es una imposición absurda! Nunca soportaremos recibir órdenes de unos be…

—No sea usted absurdo, profesor Fiorelli —dijo el que parecía llevar la voz cantante.

—¿Qué quieres decir, mamarracho?

—Coja usted el teléfono que tiene sobre la mesa y llame, ahora mismo, al presidente de la República Italiana. Quiero que sea él mismo quien ordene, sin pérdida de tiempo, la evacuación de la población civil de la isla de Pantelleria.

Fiorelli, tremendamente enervado, soltó una carcajada.

Entonces, el que había hablado se volvió hacia otro de los «niños». Ni siquiera el profesor Meunier pudo entender lo que decían. Aquella criatura sacó un aparato que tenía una cierta apariencia de máquina fotográfica. Hurgó en una serie de mandos laterales, mientras la asamblea entera tenía los ojos fijos en aquellas menudas manos.

—En estos momentos —dijo el portavoz de los «bebés»—, hay en Italia un total de doscientos ochenta y cinco trenes, de mercancías y de viajeros, que están circulando a lo largo del territorio. Uno de ellos, el rápido Roma-Nápoles, está muy cerca de esta última ciudad. Si mis cálculos son exactos, viajan en ese tren cuatrocientas

noventa y seis personas. Si usted no llama por teléfono al presidente de la República, haré descarrilar al rápido.

»Y usted, profesor Fiorelli, será el responsable de la muerte de todos los que viajen en ese tren. Tiene un minuto para decidirse.

Como era natural, el profesor italiano soltó una nueva carcajada. Si aquellos niños extraños, por muy inteligentes que fueran, querían burlarse de él en medio de sus colegas del mundo entero, perdían lastimosamente el tiempo.

—¡Basta de bobadas! —exclamó el profesor italiano. Y volviéndose hacia los miembros de la asamblea, gritó—: ¿Hasta cuándo vamos a soportar las estupideces de estos niños o lo que sean? Yo creo, amigos míos, que deberíamos obrar como seres adultos, bajar al estrado y darles una soberbia paliza, dejándoles después sin postre.

Hubo algunas risas.

Mientras, como si no hubieran oído las palabras del enfurecido Fiorelli, los «niños» rodeaban a aquél que había sacado lo que parecía ser una máquina de retratar.

El que llevaba la voz cantante se separó entonces del grupo, mirando con fijeza al profesor Fiorelli que había vuelto a sentarse detrás de su pupitre.

—Ahora, puede llamar a la estación de Nápoles, si lo desea. El accidente ha ocurrido en la playa de esa misma estación. Un error en el cambio de agujas y el rápido se ha estrellado contra un mercancías que abandonaba, justo en ese instante, la estación napolitana.

Una sonrisa apareció en los labios de Fiorelli.

—Debería mandarte al diablo, pequeño —dijo—. Pero voy a llamar por teléfono para que todos mis colegas se convenzan que no hay más que una manera, la que antes he dicho, de tratar con vosotros.

Descolgó el microteléfono y pidió una conferencia urgente y oficial con la estación de Nápoles.

Le contestaron dos minutos más tarde.

A medida que escuchaba lo que su invisible interlocutor le iba comunicando, el rostro del profesor Fiorelli cambió bruscamente de color. Su piel tomó un tono francamente grisáceo.

Luego dejó el aparato en la horquilla, con un gesto de lasitud.

Su compañero de mesa, el profesor Dureiro, le tocó dulcemente en el hombro.

—¿Y bien? —preguntó el portugués.

Fiorelli asintió tristemente con la cabeza.

—Es cierto —musitó con un hilo de voz—. Hay más de cien muertos y muchísimos heridos.

El silencio que se había hecho se rompió con brusquedad. La voz del «niño», que había hablado hasta entonces de manera exclusiva, sonó de nuevo:

—Reflexione. Queremos que todos los niños que ahora están en los países aquí representados, se concentren en esta ciudad de París antes de tres días. El incrédulo profesor Fiorelli comunicará a su gobierno lo que antes le hemos pedido respecto a la isla Pantelleria.

»Y si alguno de ustedes piensa adoptar su actitud, bástele recordar que las catástrofes ferroviarias estarán, en su país, a la orden del día.

Seguido por los otros «pequeños», cruzó el espacio que le separaba de la puerta de la sala de reuniones y desapareció tan silenciosamente como había entrado.

CAPÍTULO V

Tras subir al coche, Nicolle esperó a que Albert se sentara detrás del volante. Entonces, mientras el joven periodista ponía en marcha el vehículo, ella le miró con fijeza.

—¿No es cierto que yo tenía razón?

Albert asintió.

—Aquella noche —siguió diciendo la muchacha—, me di cuenta de que no teníamos motivo alguno para alegramos de la llegada al mundo del hijo de los Dupont. Porque te habrás dado cuenta de que era él quien habló hace unos instantes.

—Sí, era él.

—Le reconocí en seguida. Además, su fría forma de hablar, el tono inquisitivo de su voz, me recordó aquélla que escuché en la casa de sus padres.

—Nunca hubiese creído que las cosas llegaran hasta ese punto.

Una triste sonrisa apareció en los labios de Nicolle.

—No hemos hecho más que empezar, Albert.

—¿Qué quieres decir?

—Ojalá me equivoque —prosiguió ella, como si hablase consigo mismo—. Pero mientras esa especie de grotesco monigote estaba hablando, yo le miraba a los ojos. Había un brillo tan frío en ellos, que no pude por menos de estremecerme.

»Y no me extraña nada que dictase esa horrible sentencia contra los ocupantes del rápido Roma-Nápoles. Yo ya le había oído despreciar a su madre. ¿No te advertí entonces, Albert?

—Es cierto.

—Sólo habría una manera de escapar a esta horrible pesadilla que no ha hecho más que empezar.

—¿Cuál?

Ella entornó los ojos, apretando al mismo tiempo los labios, como si le costase pronunciar las palabras que siguieron.

—Sólo una solución: Esperar a que estén reunidos en esa isla de Pantelleria y luego…

—Y luego ¿qué?

—Lanzar sobre la isla un par de bombas atómicas.

—¿Te has vuelto loca?

—No, Albert. Sé que lo acabo de decir puede parecerte una monstruosidad. Pero algo extraño, una especie de intuición que me domina, me hace preveer cosas que ni siquiera me atrevo a pensar.

Albert sonrió.

—Tan exagerada como siempre, Nicolle. Es verdad que nos encontramos ante un problema extraordinario. Pero quizá, tarde o temprano, esa generación de criaturas maravillosas puedan ayudamos a mejorar nuestro mundo. No olvides que afirmaron ser una nueva generación. Y que lo son. Son, mi querida Nicolle, los hombres del año 2000: El Hombre XXI.

—Sí, ya comprendo. Pero no estoy de acuerdo contigo. Porque después de ese fatídico día, en el que nacieron, según hemos oído, veinticinco mil y pico niños, todos ellos varones, los que han ido naciendo después son completamente normales.

—¿Y por qué nacieron esas
25 920
excepciones?

—No lo sé.

—Sólo hay dos maneras para que las cosas aparezcan en la vida, Albert. O bien deben aparecer para mejorar lo que sea, o surgen de forma anormal y monstruosa. Si todos los niños, a partir del primero de enero del año 2000, hubiesen nacido tan inteligentes como esos pequeños monstruos, yo hubiese creído en una nueva generación.

—Te comprendo.

—Lo único que espero es que nada de lo que pienso suceda. En el fondo, va a ser estupendo para todos que esas criaturas horribles se concentren en una isla apartada. ¡Lástima que no hubiesen elegido algún islote en el Pacífico!

* * *

Después de una serie de reuniones, en el seno de las Naciones Unidas, donde los miembros, de los países socialistas jugaron un mero papel de observadores, se llegó a la conclusión de aceptar la petición de los que, desde hacía poco, se conocían ya mundialmente con el nombre de Hombres XXI.

Todos los nacidos en aquella fecha fueron trasladados a París y, una semana más tarde, los aviones de varias líneas aéreas los llevaban a la isla de Pantelleria, que había sido evacuada por completo.

Miembros especialmente encargados por los gobiernos occidentales acompañaron a los extraños viajeros hasta la isla. Antes de que se fueran, algunos Hombres XXI formularon una serie de peticiones, pareciendo todas ellas normales a los que se encargaron de transmitirlas a sus respectivos gobiernos.

Una vez por semana, un grupo de aviones debía descargar en Pantelleria la alimentación químicamente preparada para los 13 812 pequeños nuevos habitantes.

—Eso será —dijo uno de ellos, hablando con el representante de los Estados Unidos— hasta que nosotros fabriquemos nuestra propia alimentación. Para ello hemos remitido una lista del material necesario.

—¿Es que van a montar ustedes fábricas aquí?

—Fábricas y laboratorios. No queremos causarles más molestias. Para llevar a cabo nuestros proyectos, necesitamos el envío urgente de todo el material científico que hemos pedido.

—Se lo enviaremos.

—Gracias. Y para demostrarle nuestro agradecimiento, les proporcionaremos, dentro de una semana, a partir de la llegada del material para nuestros laboratorios, un regalo muy interesante para ustedes.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Sí, pero no haga demasiada propaganda por el momento. Podría usted provocar alborotos en todas las ciudades del mundo.

—¿Tan importante es?

—Usted mismo juzgará: se trata, de un remedio instantáneo contra el cáncer. Incluso los casos más avanzados, y que la ciencia médica considera como perdidos, se curarán en el término de unas

pocas horas.

Naturalmente, a pesar de su promesa, el encargado estadounidense no pudo guardar mucho tiempo su secreto.

La noticia estalló como una bomba.

A pesar de los avances técnicos llevados a cabo en el último lustro del siglo veinte, no se había conseguido más que la cura limitada de contadísimos casos en las enfermedades cancerosas. Todos los periódicos del mundo publicaron la noticia. Y desde todas las ciudades, se instó a los gobiernos para que se dotase cuanto antes a los Hombres XXI de todo el material que necesitasen para hacer aquel magnífico regalo a la humanidad.

* * *

En su laboratorio de París, el profesor Meunier separó el rostro del visor de su microscopio electrónico.

—No hay duda alguna —dijo, volviéndose hacia su ayudante.

—Ya se lo dije, profesor —repuso Vosges—. En todas las observaciones que he hecho en estos últimos días, lo ocurrido fue lo mismo. Regresión inmediata de las células cancerosa y normalización de los tejidos.

—Es sencillamente maravilloso.

—Hemos luchado, durante todos estos años, para dominar la única enfermedad que nos traía de cabeza. Siendo muy optimistas, podríamos calcular que habríamos resuelto, de manera definitiva, el problema del cáncer, a finales del siglo veintiuno.

—Es más que probable.

—Y no creo que sea eso sólo lo que podamos obtener de esas criaturas extraordinarias.

Meunier miró con fijeza a su ayudante.

—Usted formó parte de la comisión que fue a recoger la droga anticancerosa a Pantelleria. ¿Cómo están, Richard?

—Muy cambiados, señor.

—¿Han envejecido?

—Corporalmente, no. Ahora ofrecen el aspecto de unos muchachos de una veintena de años —sonrió—. Veinte años que han trascurrido, para ellos, en treinta días. Pero sus rostros son los de hombres de treinta o de cuarenta.

—Daría cualquier cosa por contestar a una pregunta, amigo mío.

—¿A una sola?

—Sí. Daría lo que fuera por que alguien me dijese por qué ha aparecido esa generación monstruosa sobre la superficie de la Tierra.

—Creo que nunca lo sabremos.

—No lo sé. Pero ha tenido que ocurrir algo para que esos niños naciesen, en número limitado, durante un solo y único día.

—Estoy pensando en los que nacieron detrás del Telón de Acero y detrás del Telón de Bambú.

—Es posible que chinos y rusos hayan obrado de distinta manera que nosotros.

—¿Qué quiere usted decir?

—A veces pienso que es muy posible que los hayan matado.

Richard no pudo evitar un estremecimiento.

* * *

Irina Valeriovna contempló las imágenes que se reflejaban en la pantalla de su monitor de televisión en circuito cerrado, establecido en el Instituto de Estudios Biológicos y Antropológicos de Moscú.

Estaba tomando notas y, después de una última ojeada a la escena que se desarrollaba en la pequeña pantalla, cerró el contacto y se puso en pie.

Con el cuaderno bajo el brazo, la muchacha salió de la sala de control, dirigiéndose, a través de un largo pasillo, al laboratorio situado en el fondo del corredor y cuyas puertas se abrieron movidas por un mecanismo de célula fotoeléctrica.

El laboratorio era de una amplitud enorme.

Más de un centenar de personas, todas ellas con batas de color verdoso, estaban trabajando detrás de mesas sobre las que habían aparatos, instrumentos y recipientes para experiencias químicas.

Pero, nada más entrar, Irina Valeriovna torció a la derecha, dirigiéndose hacia una especie de concavidad que encerraba el despacho particular del profesor Igor Ivanovicht. Éste estaba inclinado sobre la mesa, enseñando algo a un hombre de pequeña estatura que daba la espalda a la joven.

Ni uno ni otro se percataron de la presencia de Irina. Ésta, al

llegar junto a ellos, musitó:

—Los nuevos datos, profesor Ivanovicht.

Igor levantó la cabeza. Era un hombre alto, de cabeza grande y amplia frente. Bajo las cejas hirsutas y blanquecinas, los ojos miopes, detrás de los gruesos cristales de las gafas, parecían dos animales acuáticos vistos desde el exterior de una pecera.

El hombre que estaba a su lado se volvió también. Parecía tener el rostro aplastado, debido a la ancha nariz y a los gruesos labios. Sus oblicuos ojos no eran más que dos fisuras horizontales, en medio de unos párpados abotargados y que formaban sendas bolsas a ambos lados de la nariz.

—Te presento al profesor Tchang-Li, de la Universidad de Pekín. Ésta es mi ayudante, Irina Valeriovna.

El asiático se inclinó.

—Encantado de conocerte, camarada Valeriovna.

Intervino el profesor Ivanovicht:

—El profesor Li ha llegado esta mañana para saber lo que habíamos conseguido en la observación de los Nuevos Hombres que han nacido en los países socialistas y los que él nos ha enviado desde China. Ya le he contado todo lo que habíamos hecho, pero quizá le interesen las observaciones que tú hayas tomado.

Ella abrió el cuaderno y dijo sin levantar la cabeza:

—El índice de crecimiento prosigue, más acelerado que nunca. Estas criaturas tienen, en realidad, un mes y medio de edad. Pero su aspecto es el que ofrecería un joven de unos veinticinco años.

—¿Se les ha seguido proporcionando la alimentación que solicitaron cuando nacieron? —inquirió el científico chino.

—Sí —repuso la rusa—. No obstante, ellos mismos han rebajado la cantidad de proteínas, aumentando el fósforo en cierta cantidad. Con toda seguridad, han cambiado la dieta debido a una mayor actividad cerebral.

Intervino el profesor Ivanovicht:

—Nosotros, camarada Li, no hemos cometido los errores de los países capitalistas. Como tú sabes, ellos seguido las instrucciones de los Nuevos Hombres, a los que ellos llaman Hombres XXI. Actualmente, los
13 812
que nacieron en Occidente, están concentrados en la isla de

Pantelleria y gozan de completa libertad.

El chino hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—También me he enterado de que han proporcionado a los occidentales una fórmula para combatir el cáncer.

Ivanovicht sonrió.

—No debes preocuparte por esa nimiedad, camarada Li. Dentro de poco, en las próximas veinticuatro horas, nosotros vamos a obtener no sólo la fórmula para combatir el cáncer, sino muchísimas cosas más, incluso ciertos procedimientos antigravitatorios y el verdadero «rayo de la muerte».

—¿Es que os han prometido todo eso?

—No. Pero hemos separado a los cuatro que parecen los más inteligentes, los supercerebros, por llamarlos así. Los hemos metido en una cámara en la que, a distancia, vamos a someterlos a ciertas pruebas para que nos entreguen todo lo que nos interese saber. ¿No es verdad, Irina?

La rusa hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—El profesor Ivanovicht ha dicho la verdad. Hemos venido observando, desde hace algunos días, que esas criaturas tienen una necesidad enorme de ácidos fosfóricos y compuestos de este mismo tipo. La gran actividad a que someten sus cerebros les exige una nutrición rica en fósforo y en ácido glutámico.

—¿Y bien?

—Que esos cuatro, dos rusos y dos chinos, encerrados ahora en el cuarto de experimentación, no han recibido sus dosis de esas preciosas sustancias de las que tanto necesitan.

Igor dio unas palmaditas amistosas en las débiles espaldas del asiático.

—¿Dudas ahora, camarada Li, de que obtengamos cuanto queramos de esas criaturas?

Una sonrisa rompió la enigmática expresión del chino.

—Es admirable —repuso—. El mismo procedimiento se me hubiera ocurrido a mí. Claro que, en un chino, es una cosa normal que se le ocurra en seguida el método apropiado de tortura.

—¿Quieres verles ahora?

—Con mucho gusto.

Precedidos por Irina, los dos hombres siguieron el largo pasillo hasta penetrar en la sala de controles. La joven les guió hasta

delante de uno de los numerosos monitores de televisión en circuito cerrado.

—Un momento…

La pantalla se iluminaba poco después, reflejando inopinadamente la imagen de una habitación de unos seis metros cuadrados donde, completamente desnudos, se hallaban cuatro de los Hombres XXI, de atléticos cuerpos pero con cabezas enormes y desproporcionadas.

Dos ellos tenían rostro asiático y piel amarillenta.

—¿Por qué están desnudos? —preguntó Tchang-Li.

—Es natural —repuso Ivanovicht—. Con su inteligencia privilegiada, cualquier cosa podría convertirse en algo peligroso. Según nos informaron desde París, habían logrado fabricar una especie de máquina fotográfica con la que provocaron un terrible accidente ferroviario en Italia. ¿Te parece estúpida la medida que hemos tomado?

—No —repuso el asiático.

Luego contempló con mayor atención las cuatro criaturas sometidas a experimento. Estaban sentados en el suelo, con las cabezas inclinadas, como si les pesaran demasiado para poder mantenerlas erguidas.

Pero lo que más llamó la atención al chino fue la expresión de tristeza que se leía en aquellos envejecidos rostros.

—Parece que la falta de alimentación cerebral se hace sentir ya en ellos.

—Así es —dijo Irina—. Pero todavía es demasiado pronto para interrogarles. Les hemos hecho llegar un mensaje, diciéndoles que nos avisaran cuando estuviesen decididos a contestar a nuestras preguntas.

—¿Y no se han decidido todavía?

—No —sonrió Irina—, pero pronto lo harán.

Fue en aquel preciso instante cuando la puerta de la sala de control se abrió. Un hombre, con uniforme de la aviación soviética y distintivos de coronel, penetró en la estancia, seguido por dos oficiales de la misma rama.

Los tres científicos se volvieron, frunciendo el ceño y preguntándose a qué se debía aquella inesperada visita.

El militar se dirigió directamente a Igor.

—Soy el coronel Vasili Dugorovieht Iliarenko —se presentó—. Vengo directamente del Cuartel General de las Fuerzas Aéreas soviéticas. Acaban de comunicar que hay una bomba atómica, flotando en el aire, a doscientos metros por encima de la Plaza Roja. El camarada Iliguiev, jefe del Presidium Supremo, quiere veros de inmediato.

Capítulo VI

En el salón de reuniones del Kremlin, bajo el retrato monumental de Lenin, la totalidad de los miembros del Presidium Supremo, sentados alrededor de la larguísima mesa de caoba, se miraban en silencio.

La casi totalidad de los rostros estaba cubierta por minúsculas gotitas de sudor, que hacían brillar las calvas de muchos de los presentes.

Un silencio mortal reinaba en la sala.

Sólo detrás del sillón que ocupaba el camarada Andrei Iliguiev, presidente de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, un reloj de corte clásico, en cuyo vientre de madera se balanceaba un péndulo dorado, dejaba oír el monótono latido de su segundero.

Nadie se atrevía a mirar al hombre que tenía enfrente. Las miradas eran bajas; pero, en realidad, lo que nadie quería era mirar hacia el techo, no para admirar el precioso artesonado, sino llevados por el pensamiento de que, más arriba, por encima del tejado, en el sereno cielo de aquella mañana, había un objeto brillante que parecía flotar sobre la Plaza Roja.

¡Una bomba atómica!

¿Atómica? ¿De hidrógeno? ¿De cobalto?

Nadie lo sabía.

Sobre una mesa auxiliar, no lejos del sitio que ocupaba el camarada Iliguiev, un moderno aparato de radio dejaba escapar un murmullo sordo, como si su dial no hubiese captado emisora alguna.

Sin embargo, todavía no habían transcurrido veinte minutos desde que, en plena reunión, el aparato se había puesto misteriosamente en marcha, sin que nadie lo accionase. Y una voz,

que venía de donde nadie podía saber, había pronunciado aquellas terribles palabras:

—Miembros del Presidium Supremo, si os asomáis a las ventanas y balcones del Kremlim, podréis ver un objeto brillante que flota a unos doscientos metros de altura, sobre el pavimento de la Plaza Roja, Es un explosivo nuclear. Vamos a daros una hora para que pongáis en libertad a todas esas criaturas a las que llamáis Nuevos Hombres.

»Si no obedecéis, la bomba explotará sobre ese edificio en el que ahora estáis reunidos. Preferimos olvidar y perdonar todos los vejámenes que habéis hecho padecer a nuestros hermanos. No lo olvidéis. Sesenta minutos pasan con bastante rapidez.

»Os hablan, desde su nave aérea, los Hombres XXI.

La conmoción que aquellas palabras produjeron no es para describir. Funcionaron todos los teléfonos del Kremlim y se pusieron en estado de alerta hasta las lejanas guarniciones de Siberia y Vladivostok.

Aparatos procedentes de los campos de aviación que rodeaban Moscú, sobrevolaron la Plaza Roja para examinar, lo más cerca posible, el objeto brillante que había sido anunciado de forma tan misteriosa por la radio.

Los informes de los aviadores coincidieron en que se trataba «de un objeto piriforme, metálico, y con aletas direccionales». No cabía la menor duda, por lo tanto de que se trataba de un proyectil destinado a caer sobre un lugar concreto de aquella enorme plaza moscovita.

El Kremlin.

Lo que nadie podía explicarse era cómo aquel objeto, cuyo peso había sido calculado en unas cuatro toneladas, podía mantenerse en el aire, sin ningún mecanismo especial, por lo menos visible.

A este respecto, el profesor Ivanovicht, que en compañía de sus colaboradores y de Tchang-Li iba en el coche del coronel de aviación, rumbo al Kremlim, manifestó:

—Lo que yo te decía antes, camarada Li. Esos Hombres Nuevos han conseguido descubrir el mecanismo de la antigravedad. Nada más fácil para ellos que mantener la masa de la bomba sobre la Plaza Roja.

Intervino el coronel, con voz airada:

—No nos interesan ahora tus teorías científicas, profesor Ivanovicht. La seguridad de la patria soviética está en juego.

Quince minutos después, los tres científicos, acompañados por el militar, eran introducidos en la sala de reuniones del Presidium Supremo. Al verles entrar, el presidente les hizo un gesto con la mano.

Luego, dirigiéndose a Ivanovicht, dijo:

—Ya conoces nuestro problema, Igor. Hubiese podido darte la orden de liberar a esas criaturas, sin hacerte venir hasta aquí. Pero, antes de hacerlo, quiero que me contestes a una pregunta.

—Te escucho, camarada presidente.

—¿Podemos vencer a esos Hombres Nuevos?

Igor Ivanovicht movió decididamente la cabeza de un lado para otro.

—No.

Iliguiev golpeó la mesa con sus puños.

—¿Y para eso te concedimos este año el Premio Lenin de Ciencias? ¿Eres tú el orgullo de la biología soviética? ¡Vas a pagar caro esto, Igor Ivanovicht! Se te acabaron los laboratorios y los experimentos.

Su rostro estaba rojo por la cólera.

—Ahora mismo —siguió diciendo con el mismo tono áspero de voz— vas a poner en libertad a todas esas criaturas, entregándoselas al coronel Vasili Dugorovieht Iliarenko.

—Sí, camarada.

En aquel momento, un silbido procedente del altavoz del aparato de radio hizo que todas las cabezas se volviesen hacia él.

—¡Atención! Los
12 108
Hombres XXI que tenéis en vuestro poder deberán ser llevados, después de haberlos vestido, a un lugar cualquiera en las afueras de la ciudad de Moscú. Nosotros vigilaremos desde el aire las operaciones de traslado.

»Una vez que hayamos dado la señal para que sean desembarcados de los vehículos, los conductores de éstos se alejarán a toda velocidad. Y sólo cuando estas instrucciones se hayan cumplido, alejaremos el proyectil nuclear del lugar donde ahora se mantiene.

El comisario del pueblo, Alexis Dirianenko, no pudo contener una exclamación y dijo, mirando al presidente:

—¡No obedezcas! Es muy posible que todo esto sea un truco inventado por los capitalistas.

Del altavoz del aparato de radio surgió una sola palabra, en un ruso de una claridad mediana:

—¡Imbécil!

* * *

Después de un mes de febrero en el que el mundo entero vivió a la expectativa de misteriosos acontecimientos, los habitantes del globo terráqueo olvidaron, poco a poco, todos aquellos hechos que tanto habían conmovido la opinión mundial.

Salvo los organismos especiales, pertenecientes tanto al bloque occidental como al mundo socialista, que vigilaban desde lejos la minúscula isla de Pantelleria, el resto de los humanos volvía a sus preocupaciones, a sus quehaceres, a su modo de vivir cotidiano.

Poco a poco, los periódicos, los comentadores de la radio y de la televisión dejaron de mencionar a los Hombres XXI. Acontecimientos más importantes para la mentalidad humana siguieron desarrollándose y acaparando la atención general.

Un incendio en Nueva York, una racha de huelgas en Francia, un amorío insólito de una princesa británica, una final de campeonato de Europa de fútbol, las extravagancias de un aristócrata que parecía haber heredado las características del desaparecido duque de Windsor.

En París, a pesar del trabajo que les acaparaba todo su tiempo, Albert y Nicolle seguían colaborando juntos. Desde aquella fecha en la que habían hecho su primer reportaje, mientras el mundo despedía el año 1999, el siglo XX y el segundo milenio, los dos jóvenes habían preferido no separarse, e iniciaron una serie de colaboraciones que habían tenido bastante éxito.

Aquella tarde, después de entregar un nuevo reportaje en la redacción de *Paris Monde*, Albert y Nicolle subieron al coche del primero para abandonar la ciudad y dar una vuelta hasta que llegase la hora de comer juntos.

Como siempre, desde el momento en que se encontraban solos y

alejados de las preocupaciones cotidianas, se ponían a hablar de los acontecimientos que les habían unido de una manera tan estrecha.

—¿Sabes que el otro día pasé por la casa de los Dupont? —preguntó él.

—¿De veras?

—Sí. Todo sigue igual, Nicolle. Es decir, hay algunas cosas que han cambiado. Madeleine, la esposa de Gerard, se ha curado de su pequeña lesión pulmonar. Es la única cosa buena que le procuró su hijo.

—Y ¿no piensa en él?

—Más de lo que crees. Es algo que me ha dado la idea de que un día hagamos un reportaje sobre las consecuencias emocionales que se han producido en las madres de los Hombres XXI.

—No es mala idea, Albert. Pero, me estabas hablando de esa pobre mujer…

—¡Y tan pobre! Es la única de la familia que recuerda con cariño al pequeño que las autoridades gubernamentales se llevaron. También he hablado con el padre, pero éste sólo lamenta no haber sacado de su hijo todo el beneficio que imaginaba.

—¡Menudo granuja!

Albert sonrió.

—Tienes razón. Pero hay otra cosa que se me olvidaba decirte.

—¿Cuál?

—Se trata de otro de los beneficios que la señora Dupont ha sacado de aquella triste experiencia. Ya no tendrá más hijos.

Nicolle lanzó una carcajada. Luego, bruscamente seria, murmuró:

—Y no me extraña, Albert. Después de aquella triste experiencia, lo encuentro natural. Fue un verdadero crimen que arrancasen de sus madres a los niños nacidos en aquella fatídica fecha.

—¿Es que olvidas que fueron ellos mismos los que lo exigieron?

—Hablamos demasiado de ellos.

—¡Qué remedio! Lo queramos o no, esas extrañas criaturas han empezado a hacer mucho bien a la humanidad. Ahora parecen haberse quedado tranquilos. ¿Recuerdos la última fórmula que entregaron a los gobiernos de la China y de la India?

—Sí. Fue después de dar al mundo entero aquella fórmula para combatir el cáncer. Enviaron a Pekín y Nueva Delhi unas fórmulas

especiales para fabricar sustancias alimenticias a un precio bajísimo.

»Según nos dijeron, el alimento se obtenía del agua del mar y de la madera corrompida de los árboles. Lo cierto es que el fantasma del hambre ha desaparecido de la Tierra.

Albert sonrió.

—No ha sido un mal negocio para los humanos.

—No te fíes.

—Eres tan pesimista como siempre. Pero algún día te convencerás de que estás equivocada. No tenemos nada que temer de los Hombres XXI.

* * *

Dos semanas más tarde, a mediados del mes de marzo del año 2000, las compañías aéreas «Air France» y «Lufthansa» recibían un ruego destinado a sus dirigentes para que estableciesen una parada obligatoria en el campo de aviación de la isla de Pantelleria.

A la semana siguiente, cuando ambas compañías detuvieron en la antigua isla italiana sus aparatos, procedentes del Cercano Oriente, Hombres XXI, por grupos subieron a los aparatos. Algunos de ellos se apearon en París y el resto siguió hacia la antigua capital alemana.

Las tres parejas que se habían detenido en Orly se dividieron allí mismo, dirigiéndose una de ellas a la capital francesa, mientras las otras esperaban aviones de enlace. Una de ellas tomó un aparato de la «BEA» que partía en dirección a Londres. La otra pareja subió a un avión de la «TWA», rumbo a Nueva York y Washington.

Dos días más tarde, nuevos grupos salieron de Pantelleria, dirigiéndose hacia distintos países del mundo: Egipto, Rusia y China.

Nada se supo hasta ocho días más tarde.

A finales del mes de marzo, el Consejo de Seguridad de la ONU se reunió en asamblea urgente.

Todos los miembros expusieron las mismas quejas. Pero, después de haberlo hecho oralmente, fueron leyendo sus informes escritos. Le tocó primero hablar al representante ruso que, después de colocar los papeles sobre el pupitre, empezó a leer despacio.

* * *

»Procedente de Egipto, llegaron al campo de aviación de Moscú, dos Hombres XXI, que solicitaron ser recibidos por miembros del gobierno soviético.

»Una vez conducidos al Kremlin, fueron recibidos por el pleno del gobierno, presidido por el camarada Iliguiev. Los recién llegados parecieron recitar un mensaje que se hubiesen aprendido de memoria.

»—Reunido el Consejo de los Hombres XXI, se ha llegado a la conclusión de que las actuales autoridades de todos los gobiernos de la Tierra son incapaces de proceder a algo que, al parecer, desean de todo corazón: el desarme.

»Habiendo estudiado detalladamente la economía mundial, hemos llegado a la conclusión de que, para la realización de planes ulteriores, es necesario proceder a un desarme general inmediato, empezando por las armas nucleares y secretas para terminar con las llamadas “armas convencionales”.

»Poseyendo actualmente unos métodos de detección infalibles, tanto para un caso como para el otro, el Consejo de los Hombres XXI, exige:

»Primero. Se destruirán todas las armas atómicas y nucleares en la primera quincena del mes de Abril del año en curso.

»Segundo. La siguiente semana será destinada a destruir todas aquellas armas llamadas secretas, como son las bacteriológicas y químicas, así como la llamada “lasser”, conocida vulgarmente como “el rayo de la muerte”.

»Tercero. La última semana del mes de abril se destinará a la destrucción total de todas las armas convencionales. Incluso las más pequeñas.

»Cuarto. La defensa del orden público se llevará a cabo, sólo en casos excepcionales, con gases lacrimógenos. Los tumultos callejeros sin real importancia se resolverán con agua a presión.

CAPÍTULO VII

Al terminar la jornada, que había estado sobrecargada de noticias, ya que todas las agencias informativas comunicaron lo que se había discutido en el edificio de las Naciones Unidas de Nueva York, Albert dejó a Nicolle cerca de la casa de ésta.

La muchacha habitaba en una casa de vecinos, en una zona residencial, al oeste de París.

Se había construido mucho en aquel lugar. Sin embargo, todavía quedaban algunos claros, solares inmensos donde se habían ido amontonando los escombros de los viejos edificios derribados para levantar, en su lugar, las nuevas y modernas estructuras.

Mientras se dirigía a su casa, Nicolle miró distraídamente la gran tienda de un circo ambulante que se había instalado allí un poco antes de fin de año. La periodista había amado siempre el circo. Y de no ser por los acontecimientos de las últimas semanas, hubiera rogado a Albert que la acompañase a una de las funciones de la noche.

Justamente, mientras ella cruzaba el espacio abierto, ya que los vehículos no podían entrar hasta allá debido al amontonamiento de escombros, oyó la música vibrante que venía del circo.

Sonrió.

De pequeña, era aquél el espectáculo que más la atraía. Incluso ahora, a pesar del cansancio de aquella interminable y pesada jornada, le hubiese gustado atravesar la luminosa entrada y sentarse para beber con los ojos el espectáculo multicolor de la pista.

Estaba llegando a la acera, después de atravesar aquella tierra removida que ponía en peligro su estabilidad y la integridad de sus altos tacones, cuando, bruscamente, una voz surgió de la oscuridad, más allá del cono luminoso que proyectaba una de las altas farolas

que bordeaban la acera.

—¡Señorita!

Ella se volvió. La voz tenía un vivo acento extranjero. La silueta que surgió de la oscuridad correspondía a un hombre bajito, regordete, que lucía un lacio bigote, de color amarillento, que le caía a ambos lados de la boca.

—¿Me llamaba usted a mí?

El hombre se quitó el mugriento sombrero que llevaba puesto. Los cabellos eran del mismo color que el bigote.

—Me llamo Sammo. Trabajo en el circo. Desearía consultarle algo, señorita.

—¿Ahora?

—Sí, si no le molesta.

La muchacha hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Había algo de sorprendente en el interesante rostro del hombre. En lo hondo de las cuencas, bajo las cejas hirsutas, unos ojos azules parecían dos animales inquietos que quisieran liberarse y escapar de su profunda prisión.

—Si quiere usted hablar conmigo —dijo Nicolle—, puede subir a mi casa. Vivo aquí mismo. Mis padres están acostados ya y nadie nos molestará.

—Es usted muy amable.

Ella le precedió, penetrando en el portal y luego en el ascensor. Mantuvieron un silencio completo mientras el vehículo les llevaba hasta la planta dieciséis; donde estaba el apartamiento de Nicolle Servais.

Una vez en el interior del piso, la muchacha condujo al hombrecillo hasta la habitación que le servía de despacho y cuyas ventanas daban a la calle. Después de haberle rogado que se sentara, ella echó las cortinas y, al hacerlo, lanzó una ojeada sobre la enorme tienda del circo que se veía desde allí.

—Usted dirá —dijo, volviéndose hacia el hombre.

—Sé que es usted periodista, señorita. Oí hablar de usted en ese bar que está junto al circo. Yo pertenezco al circo.

—Ya lo dijo antes.

—Sí. Me ocupo de los animales, de todos. Yo les doy de comer, cuido de su estado de salud y soy, en cierto modo, cuando es necesario, el ayudante del veterinario.

Nicolle se había sentado sobre el brazo de uno de los sillones. Sacó un paquete de cigarrillos y, después de que el hombrecillo hubiera negado con la cabeza, encendió uno, esperando a que su interlocutor continuara hablando.

—No he querido decir nada a nadie, al menos por ahora. Pero ha ocurrido algo extraño. Y he preferido. Y he preferido contárselo a usted.

—¿Por qué a mí?

—He leído muchos de sus artículos señorita. Siempre los leo. Por eso me dije que usted podría ayudarme, ya que lo ocurrido me tiene muy preocupado.

—Cuéntemelo, por favor.

Antes de hacerlo, Sammo hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si ya contase con la petición que acababa de hacerle la muchacha.

—Se trata de un pequeño chimpancé —explicó—. Le llamamos «Joe». Siempre ha sido un animal magnífico y hasta hace muy poco era el que dirigía el espectáculo de un número extraordinario, el del señor Williams.

—¿Quién es?

—El dueño de los ocho chimpancés con los que presenta, como le he dicho antes en número muy bonito. «Joe» era su preferido. Pero, desde principios de año, ya no es el mismo.

—¿Está enfermo?

—¡Oh, no! «Joe» se encuentra perfectamente bien, señorita.

—¿Entonces…?

Sammo suspiró. Parecía como si lo que le quedaba por decir fuera demasiado difícil y no encontrase las palabras adecuadas.

—Es muy extraño lo que le ocurre al chimpancé, señorita. La mayor parte del día parece abatido, y esto nos hizo pensar que estuviera enfermo. Pero su apetito sigue siendo el mismo de siempre. De vez en cuando se pone furioso y grita.

Hizo una pausa, levantando la cabeza para mirar fijamente a la muchacha.

—Hasta que empezó a escribir…

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que ese animal ha escrito algo?

—Sí.

—¿Algo legible?

En vez de contestar, el hombrecillo sacó un papel doblado de uno de los bolsillos de la enorme y vieja chaqueta que llevaba puesta.

Ésta, desdoblándolo, sintió que una extraña emoción se estaba apoderando de ella. No obstante, su espíritu crítico le hizo sospechar que todo aquello podía ser una broma o una curiosa manía del viejo guardián del circo.

La escritura era basta, como la de un niño o la de un adulto que está empezando a escribir. La nota decía así:

> *Llamen urgentemente a la isla de Pantelleria. Díganles que vengan a recogerme. Háganlo o correrán graves peligros.*

Una sola palabra parecía salir del texto que Nicolle acababa de leer: «Pantelleria». Una palabra que los periódicos habían imprimido millones de veces, que los locutores de radio y televisión habían repetido hasta la saciedad.

Una palabra que estaba íntimamente ligada a uno de los más oscuros problemas que se le habían presentado a la humanidad, a lo largo de todos los tiempos.

—Escribió cuatro o cinco notas como ésa, señorita —explicó el hombrecillo—. Yo, al principio, quizá por miedo, las destruía. Sólo he guardado ésta. ¿Lo entiende?

—Sí. Pero, perdóneme, ¿está seguro que fue el chimpancé quien escribió esas líneas?

—También lo dudé yo cuando encontré el primer papel fuera de la jaula. Luego, escondido, pude ver cómo «Joe» escribía las demás notas.

—Comprendo.

Volvió a leer la que tenía en la mano, mientras fruncía el ceño. El problema le parecía sumamente interesante, aunque increíble. De todas formas, tendría que consultar con Albert antes de dar el siguiente paso.

—¿No trabaja ya «Joe»?

—No. Lo hemos aislado de los demás chimpancés. Se ponía furioso cuando veía a los otros animales.

—Bien. Y ahora, ¿qué quiere usted que yo haga? ¿En qué puedo ayudarle, señor Sammo?

—No lo sé, señorita. Yo le he informado porque creía que el asunto le interesaría. Todo antes de hacer lo que el señor Williams me ha ordenado.

—¿Qué?

—Matar a «Joe».

—No lo haga. Mañana, hacia mediodía, pasaré por el circo con un amigo mío, con un compañero del periódico. Hablaré con él en la redacción. Ya veremos la manera de arreglar este asunto.

El hombre se puso en pie.

—He pasado toda mi vida junto a los animales, señorita —dijo en voz baja, como si le avergonzase confesar aquella debilidad suya —. Pocas veces me he visto obligado a matar a alguno de ellos, pero aprecio mucho a «Joe». Le ruego que me comprenda.

Ella le acompañó hasta la puerta.

—No se preocupe, señor Sammo. Mañana haremos lo posible por arreglarlo todo.

* * *

Mientras Nicolle hablaba, Albert parecía ensimismado, como ausente. Estaba trazando líneas sobre un papel blanco, inclinada la cabeza. Y hasta a la muchacha le pareció que su compañero no le prestaba demasiada atención.

Sin embargo, continuó explicándole con todo detalle la extraordinaria conversación que había mantenido con el viejo guardián de los animales del circo.

—¿Qué te parece? —inquirió al terminar su relato.

Albert levantó la cabeza. Entonces notó ella la expresión de incredulidad que se reflejaba en el rostro de Baraz. Los ojos del periodista brillaban de interés, pero había una sonrisa irónica en sus labios.

—¿Es que no me crees? —insistió ella.

—Sí. De todas formas, es algo que ni tú ni yo podemos comprobar. Creo que deberíamos entrevistarnos, antes de ir al circo, con alguien que estuviese capacitado para entender ese complejo problema.

—¿A quién te refieres?

—Al profesor Meunier.

—Me parece muy bien.

Se dirigieron directamente al laboratorio de biología, donde se entrevistaron con el científico. Éste escuchó atentamente las explicaciones que le dio Nicolle.

—Es mucho más interesante de lo que ustedes mismos se imaginan —dijo cuando ella terminó—. Y vamos a ir ahora mismo a ver a ese extraordinario animal.

El circo, cuando Albert detuvo el coche junto a la entrada, ofrecía un aspecto apagado, tristón, como todos esos espectáculos durante las primeras horas del día.

Uno de los porteros les indicó el camino, el cual siguieron, entre los carromatos que formaban una larga calle fuera de la gigantesca tienda, sobre cuyos costados ondeaban banderas de cien colores distintos.

Al final, tropezaron con una puerta enrejada. Tuvieron que esperar hasta que el propio Sammo la abrió. Sin una palabra, limitándose a hacer un gesto de saludo, el hombrecillo les guió hasta una serie de barracones en cuyo interior estaban las jaulas de los animales.

Al fondo de uno de ellos, en una estancia completamente aislada, se encontraba un extraordinario chimpancé, en el centro de la habitación, en una jaula que había sido colocada sobre una plataforma de madera.

Sin decir nada, el profesor Meunier se acercó a la jaula, contemplando largamente al peludo animal. El chimpancé estaba sentado en el suelo, con la cabeza gacha, en actitud melancólica.

Volviéndose hacia el guardián, el hombre de ciencia preguntó:

—¿Cuándo notó usted un cambio en la actitud de este mono?

—Recuerdo perfectamente que fue el primero de enero, señor. Habíamos acabado la función de final de año y traje a «Joe», junto con sus compañeros de trabajo, a la jaula colectiva que ha visto usted en la otra estancia. De repente, los otros huyeron despavoridos, alejándose de este animal, como si hubieran descubierto algo extraordinario en él.

—¿Cuándo escribió la primera nota?

—Creo que fue una semana después, señor.

Meunier hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Luego se acercó al lugar, un poco apartado, donde se habían quedado los dos periodistas.

—Hay que llevárselo de aquí —dijo en voz baja.

—¿Cree que nos lo permitirá ese hombre? —inquirió Nicolle.

—Sí, si conseguimos engañarle.

La joven frunció el ceño.

—¿Qué quiere usted decir, profesor?

—No se preocupe —repuso Claude, sonriendo—. Deje que yo hable con él.

Sin hacer caso de lo que estaban hablando los tres visitantes, Sammo estaba junto a la jaula, mirando con ojos enternecidos al postrado animal. Meunier se acercó a él y le puso una mano sobre el hombro.

—Creo haber descubierto lo que le ocurre a «Joe».

—¿De veras, señor? —inquirió el guardián, mirando al profesor con los ojos brillantes de gozo.

—Sí.

—¿Cree usted que tendrá cura?

—Estoy completamente seguro de ello. Pero es necesario sacarlo de aquí. Solamente en mi laboratorio, donde poseo los medios adecuados, podré hacer algo por «Joe».

Le pareció como si el guardián fuese a llorar. Sammo se pasó los dedos por los ojos, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Puede usted llevárselo, señor. Ahora es mío. El señor Williams, su antiguo dueño, se ha desentendido por completo de él. Pero yo no quiero matarle. Es el primer animal que voy a tener en mi vida, el primero que será verdaderamente mío.

—Haré lo que pueda por él.

Mientras Sammo se encargaba del traslado de la jaula a una camioneta que iba a llevar al chimpancé al laboratorio del profesor Meunier, Nicolle, con una expresión de contrariedad que no se molestó en disfrazar, dijo al hombre de ciencia:

—Va usted a hacerle mucho daño, profesor. No me gusta las mentiras que ha contado a Sammo.

Claude sonrió.

—No se preocupe, señorita. Si, como imagino, no puedo restituir el animal a ese pobre hombre, haré que le compren un ejemplar

completamente sano con el que será feliz.

Y bajando la voz, agregó:

—Creo que hemos tropezado con algo importantísimo, señorita Servais. Todavía no estoy seguro de nada, pero sospecho que vamos a descubrir algo de la mayor importancia.

—¿Relacionado con los Hombres XXI?

—Sí. El fenómeno que ha ocurrido con este chimpancé explica, en cierto modo, algo del misterio que ha rodeado la llegada de esas criaturas extraordinarias. Yo sospechaba algo, aunque no tenía prueba alguna de que me hallaba en el buen camino. Pronto sabremos la verdad.

CAPÍTULO VIII

El ambiente era impresionante. Una luz verdosa surgía de las lámparas que iluminaban el fondo del laboratorio. En el centro de la amplia estancia, colgando del techo por medio de una complicada articulación, pendía un enorme
«pan-lux»,
cuya luz sin sombra caía sobre la mesa de operaciones.

Nicolle y Albert se habían retirado un poco, y estaban apoyados en una de las paredes de traslúcido cristal del laboratorio.

Las miradas de los dos jóvenes estaban fijas en el velludo cuerpo del chimpancé, tendido sobre la mesa de operaciones, con los brazos y piernas sujetos por sendas correas a las argollas metálicas de la mesa.

Nada más llegar al laboratorio, el profesor Meunier había ordenado a su ayudante, Richard Vosges, que inyectase al mono una fuerte dosis de somnífero, ya que el animal se había agitado extraordinariamente durante el viaje.

Ahora, Richard le había procurado una dosis de anestésico y el animal respiraba pausadamente, elevando y descendiendo su poderoso tórax.

—Nunca he podido resistir algo así —dijo Nicolle en voz baja.

Albert la cogió por la mano, apretándola con fuerza.

—Si quieres salir —le dijo, con el mismo tono de voz—, yo me quedaré aquí.

Ella denegó con la cabeza.

—No. Resistiré. Si ves que voy a desmayarme, sujétame, por favor. Pero por nada del mundo me perdería lo que aquí va a ocurrir.

Mientras, después de calzarse los guantes de goma, el profesor

Meunier se acercó a su ayudante que, como él, llevaba guantes y una bata de color verdoso que le caía hasta las rodillas.

—¿Todo normal? —preguntó.

—Sí —repuso Vosges—. La respiración, el pulso y la presión arterial son completamente normales. Puede usted empezar a intervenir cuando quiera.

—Acerque el instrumental.

Richard obedeció, empujando el silencioso carrito, cuyas ruedas no produjeron ruido alguno sobre el suelo del laboratorio.

Momentos después, cuando Vosges hubo tonsurado el campo operatorio, quitando el pelo del cráneo del cuadrúmano y desinfectándolo después, Meunier se apoderó de uno de los bisturíes e hizo una profunda incisión en el cuero cabelludo.

—Torundas… —pidió.

Limpió la brecha que acababa de hacer y luego, utilizando un minúsculo serrucho, aserró en círculo y separó un casquete óseo, de un diámetro de unos quince centímetros, abriendo así una puerta que le permitía penetrar directamente en el cerebro del animal.

—No quisiera matarle —dijo en voz baja—, pero todo depende de la situación exacta de ese cuerpo extraño que hemos fotografiado con el aparato de rayos X.

Richard se limitó a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza.

Las hábiles manos del profesor Meunier, manejando pequeños instrumentos, fueron abriéndose paso en la masa encefálica del mono. Rasgó con cuidado la meninge, descubriendo así la rugosa superficie del encéfalo. Entonces, orientándose por las radiografías obtenidas, descubrió, en el seno de la sustancia gris, un objeto brillante, una diminuta esfera poco mayor que un grano de mijo.

—Aquí la tenemos.

Vosges se inclinó sobre el campo operatorio, frunciendo el ceño al ver aquel objeto brillante, que parecía hecho con un metal noble, quizá platino.

—Voy a intentar sacarlo —musitó el profesor.

Maniobrando con cuidado las pinzas, cogió el objeto y tiró dulcemente de él. Pero la pequeña esfera metálica no se movió ni un solo milímetro.

—Lo que esperaba —gruñó Claude.

—¿Qué ocurre? —inquirió su ayudante.

—Esta esfera ha emitido unos pseudópodos por la parte inferior, unas ramificaciones que deben de estar profundamente arraigadas en la sustancia cerebral del chimpancé. Lo siento, pero no creo que el animal pueda seguir viviendo cuando haya obligado a esta esfera a salir.

No obstante, intentó un par de veces más sacar el objeto con dulzura. Ya convencido de que tal cosa era completamente imposible, tiró cada vez con más fuerza hasta que, de repente, la esfera salió, pero no sola.

Una serie de ramificaciones, algunas de las cuales tenía casi quince centímetros de longitud, parecían brotar de la parte inferior de la minúscula esfera.

—Parece una araña —dijo Richard.

—Compruebe el estado del mono.

Vosges obedeció. Pero no tuvo más que echar una ojeada a los aparatos de control para fruncir el ceño, moviendo luego la cabeza dubitativamente de un lado para otro.

—Ha muerto, profesor.

—No podía ser de otro modo. Vamos al microscopio. Quiero ver lo que es realmente esto.

Junto a la pared donde habían permanecido, Albert sujetaba en sus brazos el cuerpo de Nicolle, que se había desvanecido. Viendo a los dos hombres de ciencia alejarse hacia el fondo del laboratorio, el periodista llevó a su compañera hasta un diván cercano, donde la acostó con sumo cuidado.

Echó a andar en pos de los otros dos.

El profesor Meunier, que seguía llevando la esfera y sus prolongaciones en el extremo de sus pinzas, colocó aquel objeto sobre la platina del microscopio óptico y echó una primera ojeada.

—No se ven los detalles —dijo, dejando el sitio a su ayudante—. Tendremos que emplear el microscopio electrónico.

Richard preparó el aparato, disponiéndolo todo para obtener, al mismo tiempo que observaban la esfera, una serie de microfotografías.

Meunier se sentó ante el ocular y manejó los mandos del aparato que, con su enorme tubo, ocupaba todo un rincón de la sala del laboratorio.

—¡Fantástico! —exclamaba poco después.

Albert, que estaba junto a los dos científicos, muerto de curiosidad y de impaciencia, no pudo por menos de preguntar:

—¿Qué ve usted, profesor?

Sin separar los ojos del binocular, Claude repuso:

—Es algo increíble. Por lo que veo, la esfera es una máquina en miniatura, de una perfección extraordinaria.

—¿Y las prolongaciones? —inquirió Richard.

—Verdaderos cables coaxiales en miniatura, amigo mío. No puedo explicarme cómo ha podido fabricarse algo tan perfecto. Pero…

Un estremecimiento pareció recorrer el cuerpo del profesor.

—¡No es posible! —balbució después.

Albert y Richard cruzaron una rápida mirada interrogativa.

Meunier parecía tremendamente agitado. Pero no despegó los ojos de los binoculares del microscopio electrónico. Murmuraba incomprensibles frases con una voz altera y ronca.

Por último, volviéndose hacia su ayudante, dijo:

—Prepárese a ver algo espantoso, Richard. ¡Eche una ojeada!

Acercando el rostro al visor del aparato, Vosges vio, antes que nada, la minúscula esfera que el poderoso aumento del microscopio había convertido en algo gigantesco. Comprobó entonces que el aspecto metálico que la cosa parecía poseer no era más que aparente.

La pared de la esfera estaba construida con un material brillante, pero transparente, que dejaba ver con toda claridad el interior.

Ante los ojos asombrados de Richard, aparecía detrás de la fina y brillante pared de la esfera una maquinaria que alcanzaba una complejidad indescriptible. Hilos, núcleos, tubos, derivaciones…

Pero, a pesar de que aquello le dejó atónito, no fue la composición complicadísima de la maquinaria lo que le hizo lanzar una exclamación sorda.

Una pequeña parte de la esfera parecía haber cedido; su pared se había movido, quizá deslizándose sobre la superficie externa. Y por aquella especie de abertura o puerta, acababa de asomarse algo…

¿Cómo describirlo?

Haciendo un poderoso esfuerzo de memoria, buscando en lo hondo del cerebro una imagen que pudiera semejarse a la que

estaba viendo, Richard llegó a la conclusión, no demasiado convincente, de que «aquello» se parecía, en cierto modo, a las larvas de ciertos insectos que, en el interior de capullos, se modifican en la curiosa y larga cadena de la metamorfosis.

Aquella «larva» tenía una cabeza grande, con una serie de surcos que, formando el cuello, unían la cabeza con el pequeño tórax, que se estrechaba más aún en una cintura que parecía la de una avispa. Pero lo más formidable de todo era que la larva, o lo que fuera, andaba erguida, utilizando solamente el más inferior de tres pares de patas.

—¿Qué le parece? —Oyó que le preguntaba el profesor.

Richard despegó el rostro del visor del microscopio electrónico. Sacó luego un pañuelo y se secó la sudorosa frente.

—¡Increíble, profesor!

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios de Claude Meunier.

—Sí, parece increíble. Sin embargo, acabamos de quitarnos un gigantesco peso de encima.

Albert, que había escuchado atentamente lo que se dijo a su alrededor, pero que no comprendía ni una sola palabra, dijo:

—Me gustaría saber de qué estaban ustedes hablando.

—Voy a decírselo, amigo mío —repuso el profesor—. Después de la llegada, si podemos llamarla así, de los Hombres XXI, se ha discutido mucho para explicar su aparición. Yo era de los que, en un principio, pensaban que se trataba de una mutación…

—¿Qué es eso?

—Un cambio brusco en la herencia de cualquier aspecto. Imagínese que los hijos de una pareja de, por ejemplo, caballos, hereden, como es natural, las características, de sus progenitores. Durante miles y miles de años, los caballos seguirán poseyendo las mismas características. De repente, debido a una emigración, los caballos se trasladan a un terreno más duro.

»La adaptación a este nuevo medio hará que, poco a poco, los cascos de los animales se modifiquen para permitirles una marcha veloz, endureciendo por ejemplo el callo de los cascos.

»Si, bruscamente, naciesen los animales con los cascos endurecidos, sin que la herencia hubiera producido esto al cabo de unas cuantas generaciones, diríamos que se ha producido una “mutación”. ¿Lo ha comprendido?

—Perfectamente.

—Eso era lo que pensábamos respecto a los Hombres XXI. Creíamos que se trataba de una mutación que hacía avanzar, en una generación, la marcha ascendente de la humanidad.

—Entiendo.

—Pero, cuando nos dimos cuenta de que sólo los niños nacidos el primero de enero del año dos mil reunían esas características extraordinarias, dejamos de pensar en la mutación y nos planteamos problemas a los que no encontramos respuesta. Es decir, hasta ahora.

Albert hizo un gesto hacia el microscopio.

—Y ¿lo que han descubierto resuelve definitivamente el problema?

—Sí, en cierto modo. Por lo menos, ahora sabemos que la aparición de los Hombres XXI es algo que nos ha sido impuesto.

—¿Por quién?

Meunier se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero todo parece indicar que «alguien», seguramente procedente del espacio exterior, nos está gastando una broma pesada. Fíjese bien en todo lo que han hecho esas extrañas y extraordinarias criaturas. Primero se unieron. Ahora intentan, ni más ni menos, que desarmar a la humanidad.

—¡Lo que quieren es destruirnos!

—No. Con los medios que poseen, podrían haberlo hecho con bastante facilidad. Sus proyectos respecto a nosotros deben de ser muy distintos.

Se frotó el mentón, entornando los ojos, como si meditase profundamente.

—Una vez que nos hayan desarmado —dijo, como si hablase consigo mismo—, nos utilizarán en quién sabe qué. Como acabamos de ver, son criaturas minúsculas, muchísimo menos fuertes que nosotros. A menos que…

—¿A menos que…? —No pudo por menos de preguntar Vosges.

—A menos de que sean los enviados de algo superior —repuso el profesor con voz sorda.

* * *

Sobrevolando la Tierra, naves metálicas, que se movían a gran velocidad y sin que pudiese percibirse en ellas ninguna clase de motor, vigilaron atentamente la destrucción de los depósitos de bombas nucleares en todo el mundo.

En el fondo, después de haber leído las noticias de los periódicos y los comentarios de la radio y televisión, la mayor parte de la gente aplaudió aquella medida, agradeciendo que alguien hubiese convertido en realidad el viejo sueño humano del desarme.

El público, el hombre de la calle, había terminado por convencerse de que las extraordinarias criaturas nacidas el primer día del año concretaban un deseo universal de que alguien pudiese, por fin, acabar con aquel estado de guerra de nervios que había empezado en plena mitad del siglo veinte.

Por otra parte, la extensa publicidad dada a la entrega, por parte de los Hombres XXI, de aquella droga milagrosa que había borrado las enfermedades populares.

Agradecida, la humanidad entera expresó, en mil formas distintas, la admiración que sentía por aquellos indudables bienhechores. Ahora, ante el maravilloso panorama de un desarme total y general, los hombres, sobre todo lo que habían vivido en las postrimerías del siglo veinte la angustia de un peligro atómico, respiraban, aliviados por vez primera.

No era extraño, por lo tanto, que se produjeran numerosas manifestaciones, en todos los países del mundo, pidiendo que los fabulosos Hombres XXI se hicieran cargo de todos los asuntos políticos y ofreciesen a la angustiada humanidad una era de verdadera paz.

* * *

Albert y Nicolle habían jurado solemnemente guardar el secreto de todo lo que oyeron y vieron en el laboratorio de biología del profesor Meunier.

Éste, después de reflexionar largamente, se había decidido a prevenir a todos aquéllos que acudieron a París, cuando el problema de las criaturas extraordinarias se presentó.

Profesores procedentes de Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, Italia, España, Portugal y Alemania se trasladaron al laboratorio de

Meunier y se instalaron definitivamente allí, dispuestos a colaborar con el sabio francés en los estudios que éste había comenzado para dilucidar el misterio de lo que había bautizado, provisionalmente, con el nombre de «larva».

Sobre un dispositivo especial que había sido aplicado a la platina del microscopio electrónico, Meunier había conseguido, con los mandos ultramicroscópicos del aparato, separar la esfera y sus prolongaciones de la minúscula criatura que la habitaba.

Tres microscopios electrónicos más fueron trasladados al laboratorio. Y los profesores Ralin, de Bélgica; Fiorelli, de Italia, y Sánchez, de España, se dedicaron, con aquellos poderosos medios de investigación, al detenido estudio de la minúscula pero poderosa y complicada máquina que Meunier había sacado del cerebro de «Joe».

Al caer la noche, los hombres de ciencia se reunían para explicarse mutuamente los avances realizados y discutir, con la mayor amplitud posible, los problemas que seguían planteados.

Aquella tarde, el profesor Sánchez tuvo la oportunidad de dar a sus colegas una excelente noticia:

—Podemos decir que el misterio de la esfera ha quedado dilucidado por completo. Se trata de un cerebro electrónico, de gran complejidad, pero cuya misión más importante es la de traducir una serie de impulsos en un lenguaje, que podríamos llamar físico-químico, apto para el cerebro de los humanos.

»Por otra parte, el examen detenido de la cabeza de “Joe” nos ha llevado a la conclusión de que, el día primero de enero de este año, la esfera no iba destinada al chimpancé.

»No obstante, ese minúsculo vehículo penetró por la boca, atravesando después el paladar y, sin rozar el esfenoides, penetró en el cerebro del simio, en el que se alojó de manera permanente.

—Si no iba destinado a «Joe» —preguntó Coward, de Inglaterra —, ¿cuál era su objetivo?

—Un niño que debía nacer en el circo. La esposa de uno de los trapecistas esperaba un bebé. La noche del 31 de diciembre de 199, esa mujer sufrió un accidente y el niño murió, en el claustro materno, en los primeros minutos del año dos mil.

»La esfera, que debía haberse alojado en el cerebro del bebé, cambió de trayectoria, seguramente sufriendo un error, después de

que su “larva” recibiese a tiempo el aviso de que el cuerpo al que iba destinada había muerto.

»Lo cierto es que, sin que podamos dilucidar la verdad de lo ocurrido, la esfera penetró en el cerebro de “Joe” que, interesa recordarlo, era el chimpancé más joven de todos los que formaban el espectáculo del señor Williams.

—Y ¿qué ocurrió después?

—Es evidente que la esfera, su ocupante mejor dicho, no se percató en un principio del error de su destino. Debió de darse cuenta cuando emitió aquellas prolongaciones y notó que el cerebro en el que se había alojado no estaba preparado para la misión que él debía encomendarle.

»Utilizando el poderoso cerebro electrónico de la esfera, consiguió no obstante que el chimpancé escribiese aquella nota. Lo que la “larva” deseaba era que sus compañeros vinieran a buscarla para sacarla del sitio al que por error había llegado.

Claude Meunier sonrió.

—Un trabajo magnífico, profesor Sánchez. Todo concuerda con los resultados que, por nuestra parte, hemos obtenido. Y ahora, señores, vamos a levantar el velo de todo este misterio.

CAPÍTULO IX

Una expectación extraordinaria se apoderó de los presentes. Todas las miradas se posaron en el rostro del profesor Meunier.

Éste, después de un corto silencio, empezó a hablar:

—Mientras ustedes resolvían el problema de la esfera y de sus prolongaciones, nosotros trabajábamos en el estudio de esa minúscula criatura a la que hemos llamado provisionalmente «larva».

»Gracias al microscopio electrónico, hemos podido observar esa extraña criatura, cuya conformación no tiene, en realidad, nada de extraordinario. Su cuerpo se resume a una cabeza bastante grande, un tórax estrecho y un abdomen, todo ello muy semejante al de las verdaderas larvas.

»Pero, señores, como la observación "in vivo" no daba los resultados que esperábamos, no hemos tenido más remedio que matar a la «larva».

Una expresión de estupor se pintó en los rostros de los presentes.

Claude sonrió.

—Ya sé, amigos míos, que la vida de esa «larva» era el único eslabón que poseíamos para explicarnos la misteriosa aparición de los mal llamados Hombres XXI.

»Pero no olviden que les he prometido, hace unos instantes, levantar el velo de este misterio. Y ahora puedo afirmar —agregó con los ojos brillantes— que esa minúscula "larva" no es, ni más ni menos, que una célula nerviosa.

—¿Eh? —inquirió el profesor Fiorelli.

—Sí. Ya sé que mi afirmación puede parecerles extraordinaria, pero lo que acabo de decirles es completamente cierto. La «Larva» no es más que una célula nerviosa perteneciente a un cerebro que,

digámoslo así, está repartido en los cuerpos de los llamados Hombres XXI.

—Pero ¡eso parece algo semejante a lo que ocurre con las abejas y las hormigas! —exclamó el profesor Dureiro.

—Así es. De la misma forma que ocurre en un hormiguero, la inteligencia de los Hombres XXI está repartida entre todos ellos. Esto me hace afirmar, de una manera categórica, que no tenemos ante nosotros más que a un solo enemigo.

—¡Un enemigo con miles de cuerpos! —exclamó uno.

—Sí. Es cierto. Pero nuestros experimentos no se han limitado a descubrir la verdadera naturaleza de la «larva». Hay algo que podríamos considerar incluso más importante.

Pareció reflexionar unos instantes; luego dijo:

—A todos nos maravilló, en un principio, que los niños nacidos el día primero de enero de este año dos mil, fueran todos varones. Todavía no podemos explicarnos cómo el «multicerebro», de alguna manera hemos de llamar a nuestro adversario, consiguió que no naciese ninguna niña.

»De todas formas, ustedes recordarán que algunos observatorios comunicaron, a finales de 1999, la existencia de una fuerte dosis de radiación en la atmósfera de la Tierra. Es muy posible que esa radiación viniese del exterior y estuviera destinada a modificar el sexo de los niños que habían de nacer en esa fatídica fecha del primero de enero.

Treuze, el especialista alemán, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor Meunier.

—Siguiendo con lo que íbamos diciendo, me satisface comunicarles que la muerte de la «larva» no la conseguimos por un medio vulgar y corriente. Pensando en esa especie de selección sexual de la que hemos hablado antes, «asesiné» a esa minúscula criatura vertiendo sobre ella una cierta cantidad de… hormona femenina.

—¡Es fantástico!

—Eso demuestra, mis queridos colegas, que si las «larvas» debían asentarse en los cuerpos de los recién nacidos, no podían hacerlo en los pertenecientes al sexo femenino ya que, como ha probado mi experiencia, las hormonas femeninas son un terrible

veneno para esas criaturas.

»Y ahora pasemos a otro asunto.

»No creo que nos quede la menor duda de que hemos sido atacados por una potencia cerebral procedente del espacio exterior. Todo lo que los falsos Hombres XXI han hecho hasta ahora confirma plenamente nuestros temores.

»La entrega de la droga anticancerosa no fue más que un "bluff". Inmediatamente después, las medidas para proceder al desarme mundial han sido, en verdad, los primeros pasos para atarnos de pies y manos y entregamos a esa voluntad poderosa que se ha propuesto dominar la humanidad.

Todos estaban de acuerdo.

Pero la discusión que siguió a las palabras del profesor Meunier demostraron a éste que sus colegas estaban aún muy lejos de darse cuenta de la verdadera gravedad de la situación.

Por eso, con suma habilidad, les rogó que volviesen a sus estudios. Y cuando lo hubo conseguido, abandonó el laboratorio para dirigirse directamente a la redacción del *Paris Monde*.

* * *

En el minúsculo despacho de Albert Baraz, el profesor Meunier, sentado en uno de los viejos sillones, desgastados por el tiempo y el uso estuvo hablando durante cerca de una hora, deteniéndose sólo cuando el periodista le interrumpía con alguna pregunta que aclarase sus ideas.

A medida que Claude avanzaba en su relato, Albert se sentía más y más desasosegado.

—¡Parece increíble! —exclamó cuando el profesor terminó de hablar.

—Ojalá lo fuese. Pero, amigo mío, no hay que perder tiempo ni hacerse demasiadas ilusiones. Se trata de una invasión espacial que no tiene nada que ver con aquellas divertidas aventuras de «La Guerra de los Mundos», de Wells.

Albert hizo un gesto de asentimiento.

—Mucho se ha hablado y escrito sobre una posible aventura de ese tipo. Pero lo que usted acaba de explicarme es algo tan espantoso que todavía me produce estremecimientos.

—Hemos soñado mucho sobre una invasión a la Tierra. Pero siempre nos pareció más fácil hablar de marcianos, venusianos o habitantes de otras galaxias, imaginándonos su llegada en medio del estruendo de sus naves espaciales y los relámpagos procedentes de sus armas desintegradoras.

»Pura historieta infantil, amigo mío.

»La realidad, en caso de producirse, como ha ocurrido ahora, debía poseer características especiales, ya que las ideas que nos hemos hecho respecto a los habitantes de otros mundos han seguido siempre el patrón humano o la imaginación descabellada de los que, defendiendo la hermosura de los hombres, pensaban que nuestros enemigos del espacio debían ofrecer un aspecto horripilante y monstruoso.

—Yo también lo creí así, profesor.

—Grave error, amigo mío. Todo lo que procediera del exterior tendría un gran problema para vencernos. No es que seamos demasiado fuertes, pero poseemos una inteligencia lo suficientemente desarrollada para hacer frente a un ataque tipo clásico.

»El probable invasor sabía esto. Y si usted se pusiera en su lugar, amigo Baraz, tendría que pensar lógicamente en que sólo hay una manera de vencernos: utilizando la inteligencia.

—Es lo que están haciendo «ellos».

—Sí. Pero saben aprovechar perfectamente nuestros defectos. Han debido de estudiar detenidamente los graves problemas que aquejan a la humanidad. Se han dado cuenta de lo que más deseaba el hombre era la paz.

—¡Y por eso apoyan el desarme!

—Eso no es más que un arma de doble filo. Por un lado, se ganan la simpatía de las masas, de todos aquéllos que han vivido bajo el temor de la guerra atómica. Y, al mismo tiempo, consiguen lo que en el fondo era su objetivo primordial: convertimos en seres inermes y fácilmente conquistables.

—Y ¿qué harán cuando hayan logrado el desarme mundial?

—Utilizarnos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Todavía no puedo contestar concretamente a su pregunta. Pero el que no nos hayan destruido ya significa, bien a las claras,

que quieren convertir a los miles de millones de seres que pueblan la Tierra en esclavos sumisos y obedientes para planes que ni siquiera puedo imaginar.

—¡No lo consentiremos!

Una triste sonrisa se pintó en los labios de Meunier.

—Por lo menos —dijo con voz emocionada—, lo intentaremos.

—No podemos permitir que consigan sus sucios propósitos, profesor. Hay que dar la alarma, comunicarse con todos los gobiernos del mundo. Estoy seguro que en estos momentos de peligro general, se borrarán las estúpidas diferencias que nos han separado en los últimos tiempos.

—Es usted un soñador, Albert. Si cometiésemos el error de decir la verdad a todo el mundo, no sólo pondríamos en guardia a nuestro enemigo, sino que nos enzarzaríamos en discusiones interminables.

—¿Entonces…?

—No hay más que una manera de actuar, amigo mío.

—¿Cuál?

—Obrando en silencio, sin decir absolutamente nada a nadie.

—Pero ¿con qué fuerzas cuenta usted para destruir a ese enemigo tan poderoso?

—Por el momento —repuso Claude—, con algunas ampollas de hormona femenina.

Ahora el que sonrió fue Albert.

—¿Habla usted en broma?

—No. La hormona femenina, como le expliqué, es la única arma que puede destruir esas pequeñas criaturas a las que hemos llamado «larvas». Claro que para combatirlas hay que llegar hasta ellas.

—Y ¿quién va a atreverse a ir a la isla de Pantelleria?

—Por eso he venido a verle.

—¿A mí? Estoy dispuesto a ayudarle, profesor. Pero no creo que mi pobre persona pueda servirle de gran auxilio en este caso.

—Piense usted bien, Albert. Necesito un grupo de media docena de hombres, que no sea solamente un montón de valientes, dispuestos a sacrificarse. Deseo que sean hábiles, capaces de simular cualquier cosa. Pero, al mismo tiempo, intrépidos, osados hasta donde sea.

Los ojos de Albert adquirieron un brillo metálico.

—Creo que ha llamado usted a la buena puerta, profesor.

—¿De veras?

—Sí. Tengo a unos amigos que creo encajan perfectamente en lo que usted necesita.

—¿Quiénes son?

—Un sargento de paracaidistas y sus hombres. Incluso creo que están aquí, en Francia. No sé si usted recordará que, el año pasado, las tropas británicas, que siguen esa interminable pequeña guerra de Malasia, los admitieron como colaboradores en la lucha de la jungla.

—Creo haber oído hablar algo de eso.

—El sargento Bonard y sus muchachos se destacaron extraordinariamente por su valentía y su arrojo. ¿No cree usted que le convendrían para su plan?

—En efecto.

—Si lo desea, puedo avisarles. Son hombres de confianza, profesor. Y en cuanto sepan para qué han sido llamados, se prestarán entusiasmados a la lucha que usted va a proponerles.

—Ocúpese de prevenirles, Baraz. En cuanto los haya localizados, reúnales y avíseme en seguida. Un solo segundo ganado puede sernos precioso.

—Pierda cuidado.

CAPÍTULO X

Pierre lanzó un juramento.

—Si quieren quitarme este fusil —dijo—, tendrán que venir a arrancármelo de las manos.

Sentado junto a él, Michel sonrió. Pierre estaba limpiando con todo cuidado su arma. De todos los componentes del pelotón de paracaidistas, era él el que se preocupaba más del armamento. El cerrojo del fusil que ahora tenía en sus manos brillaba como la plata.

En pie, junto a sus amigos, Paul sonrió antes de decir, con la peor fe del mundo y deseando «pinchar» a su compañero:

—Tendrás que entregarla por las buenas, Pierre. En cuanto hayan terminado de destruir todas las bombas atómicas y de hidrógeno, empezarán fundiendo los cañones y luego les tocará el turno a los fusiles y las pistolas.

—Ya veremos —gruñó Pierre—. No puedo comprender cómo la gente puede ser tan estúpida.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Michel.

—Ya lo sabes bien. Cuando veas que alguien pide el desarme, sin que nadie pueda mirar lo que él esconde en sus bolsillos, ya puedes echarte a temblar. Esos Hombres XXI son unos tíos listos de verdad.

—¿Es que no crees en su buena fe?

Pierre lanzó una carcajada.

—¿Crees tú acaso en Papá Noel?

—¡No seas exagerado, hombre! Esos tipos ya han demostrado que nos quieren de verdad. Lo primero que hicieron fue darnos su fantástico medicamento contra el cáncer.

—Eres tonto de capirote, Michel. Antes de ser paracaidista, vivía con mis padres en una granja, no lejos de Perpignan. ¿Sabes lo que

hacíamos allí?

—No.

—Cuidábamos de las gallinas y de los cerdos con toda clase de atenciones. Les hinchábamos de vitaminas, los pinchábamos con todo lo existente en cuanto se ponían un poco pálidos. Y todo eso ¿para qué? Para luego venderlos o matarlos. Lo mismo se proponen esos Hombres XXI. No les interesa que estemos enfermos y eso es lo que más me mosquea de este asunto.

—¡Estás como una cabra, Pierre!

En aquel momento, Paul, que estaba un tanto separado de sus amigos, leyendo un periódico ilustrado, gritó:

—¡Atención! ¡El sargento!

Un hombre acababa de penetrar en el dormitorio.

Era alto, fuerte, de anchos hombros y cuello corto, como el de un toro. Su piel estaba curtida por el sol y el viento. Tenía una nariz pequeña, cejas y boca bien dibujadas y un par de ojos con brillos azules que, a veces, parecían acerados.

—¡Firmes! —gritó Paul.

Los hombres se pusieron rígidos como palos. El sargento Bonard se acercó a ellos con la sombra de una sonrisa dibujada en sus labios.

—Descansad, muchachos.

Ellos obedecieron.

Durante unos segundos, el sargento les observó, de uno en uno, como si los viera por vez primera.

—Tenemos un trabajo, chicos —dijo después—. Pero antes de explicaros de qué se trata, quiero convencerme de que servís para manejar un cierto armamento que no habéis visto en vuestra vida. ¡Seguidme!

Salieron del dormitorio, tomando el largo pasillo que les condujo hasta la escalera principal del cuartel. Bajaron hasta el sótano y penetraron en el local de la enfermería.

Un olor dulzón, a cloroformo, salía por debajo de las puertas de uno de los quirófanos.

—¡Nos la hemos ganado! —dijo Pierre, hablando junto a la oreja de Michel, que le precedía—. Ya puedes preparar el cuerpo, amiguito. Como cada vez que nos van a llevar a uno de esos infectos países asiáticos, nos van a someter a un buen tercio de

banderillas.

Las palabras de Pierre tomaron un sentido mucho más real momentos después. Siguiendo al sargento Bonard, los paracaidistas habían penetrado en una estancia donde, un enfermero, acompañado por un hombre alto y al que los soldados no conocían, estaba mostrando al otro el manejo de una especie de pistola, de reducido tamaño, por cuyo cañón asomaba una afilada aguja.

Sin poder evitarlo, Pierre se llevó la mano derecha a una de sus posaderas, frotándose enérgicamente, como si ya le doliese.

—¡Atención! —bramó el sargento Bonard—. Abrid bien los ojos, muchachos. Van a enseñaros algo y quiero que aprendáis a manejarlo en un par de minutos. Si alguno demuestra tener la cabeza demasiado dura, yo se la ablandaré a puñetazos.

El enfermo se adelantó entonces, empuñando una de aquellas minúsculas pistolas.

—Esto —explicó— sirve para proyectar una pequeña jeringuilla, construida en un material irrompible, y que detrás del émbolo lleva una carga de aire a presión que entra en funcionamiento en cuanto la aguja se hunde en cualquier parte. Se maneja como una simple pistola y alcanza una distancia efectiva de cincuenta metros.

—¡Se acabó la teórica! —dijo el sargento—. Vamos a empezar ahora mismo. ¡A ver tú, Jean!

Uno tras otro, los paracaidistas ensayaron la extraña arma, practicando durante muy poco tiempo ya que, acostumbrados a toda clase de armamento, realizaron verdaderos prodigios de puntería, sobre la silueta de un hombre que había sido pintada encima de una gruesa lámina de corcho.

Pero el sargento no parecía satisfecho.

—Oídme bien, pedazos de mastuerzos. Hay que apuntar al pecho, a este lugar de la silueta que ha sido pintado en rojo. El médico podría explicaros que la aguja debe de penetrar directamente en el corazón.

»Pero hay que tener mucho cuidado ya que, si se dispara a tontas y a locas, la aguja puede chocar con una costilla y partirse. ¿Lo vais entendiendo, berzotas?

Se hicieron nuevos ensayos.

Veinte minutos más tarde, el enfermero y el hombre que estaba a su lado pudieron sonreír satisfechos, habiendo admirado la

formidable puntería de aquellos soldados.

—Creo que ya está bien, sargento —dijo el de paisano, acercándose a Bonard.

Los otros, obedientes y disciplinados, se acercaron.

—Mejor que mejor. ¡Venid aquí, muchachos!

—Voy a presentaros al señor Baraz —dijo el suboficial—. Su nombre completo es Albert Baraz y trabaja, como periodista, en *Paris Monde*. Él va a venir con nosotros. Pero, antes, va a explicaros lo esencial de la misión que se nos ha encomendado. Abrid bien las orejas. Y si hay alguno que obliga al señor Baraz a repetir algo, seré yo quien le aclare las ideas en la mollera.

* * *

El profesor Meunier encendió un cigarrillo con mano nerviosa.

—Entonces, ¿salen ustedes mañana por la mañana?

—Sí —repuso Albert—. Ya sabe usted que ahora están permitidos ciertos viajes a Pantelleria. Y lo bueno de todo es que la idea no la tuvimos nosotros. Una comisión pacifista, formada por delegados de varios países, ha visitado ya a los Hombres XXI para agradecerles lo del desarme.

—¡Pandilla de estúpidos!

—Sí, profesor. Pero gracias a esos estúpidos va a sernos posible llegar hasta el mismísimo nido de víboras. Una nueva comisión pacifista, la nuestra, ha conseguido el permiso para visitar esa isla, a donde llegaremos mañana en avión.

Claude miró fijamente al periodista.

—Tengo miedo —confesó en voz baja.

—Yo también, profesor. Dependen demasiadas cosas de este viaje.

—¿Van ustedes solos?

—No. Formamos parte de un centenar de personas, hombres y mujeres, que componen esa comisión de pacifistas. Naturalmente, he tenido que hacer verdaderos esfuerzos para dar a los paracaidistas un aspecto menos bélico del que poseen, incluso vestidos de paisanos.

—Si nos descubren, la causa de la humanidad se perderá.

—No se preocupe, profesor. Da gusto trabajar con Bonard. Sus

hombres le obedecen ciegamente. Y si usted los viese ahora, se retorcería de risa. El sargento ha hecho verdaderos milagros. Nadie, absolutamente nadie, creería ahora que esos hombres sencillos, vestidos muchos de ellos con una elegancia detonante y ridícula, son en verdad soldados dispuestos a morir para llevar a cabo su misión.

—Estaré temblando hasta que me comuniquen lo ocurrido.

Albert sonrió.

—No puede haber más que dos noticias, profesor. O le comunico que los Hombres XXI han sido aniquilados… o no oirá usted hablar nunca más de nosotros.

Claude tendió la diestra al periodista. Éste la estrechó con fuerza.

—Mucha suerte, Albert. ¡Y que Dios le bendiga!

—Gracias, profesor. Hasta la vuelta.

* * *

Nicolle lanzó una mirada fulminante mientras cerraba sus puños con fuerza.

—No te saldrás con la tuya, Albert.

—No seas tozuda, mujer. Sabes muy bien que yo daría cualquier cosa porque pudieras acompañarme. Pero es imposible. Te has convertido en algo tan importante para mí, que no puedo permitirme el lujo de exponerte al menor peligro.

—Te equivocas. Tú ya me conoces, Albert. Sabes que en estos últimos tiempos he dejado de convertirme en la fortaleza que siempre fui para ti. Te he dado pruebas suficientes de mi cariño. ¿No es cierto?

—Sí.

—Pues bien, te prometo que, si no dejas que te acompañe en este viaje, jamás volveré a mirarte a la cara. Más aún, en el momento en que subas al avión, aceptaré las proposiciones de Tulier, el redactor jefe, y me casaré con él.

—No sabía que fueses tan cruel.

—Te estoy hablando en serio, Albert. Decídete o…

Alguien acababa de llamar a la puerta.

—¡Adelante! —ordenó Baraz.

La puerta se abrió, dando paso al profesor Meunier. Albert se extrañó al verle, ya que hacía menos de veinte minutos que le había dejado en su laboratorio.

—¿Ocurre algo nuevo, profesor?

—No, no tema nada. Lo que pasa es que había olvidado algo de la mayor importancia.

—¿De qué se trata?

—Habíamos hecho mal los cálculos, amigo mío. Hay demasiados Hombres XXI en Pantelleria para que pudiéramos destruirlos disparando esas jeringuillas automáticas. Al principio pensé que, tratándose de porciones de un cerebro único, la destrucción de una gran parte acarrearía la muerte de la totalidad.

»Pero, por si mis cálculos fallasen, prefiero que obremos de manera más segura. Preparé en mi laboratorio un centenar de granadas especiales, cuyos pedazos, construidos en un plástico esponjoso especial, están empapados en hormonas femeninas.

»Son de fácil manejo y los muchachos del sargento Bonard las manejarán sin necesidad de ninguna clase de aprendizaje.

—Pierda cuidado. Las recogeré esta misma tarde.

—Otra vez mucha suerte, Albert.

—Gracias.

Nicolle no había separado los labios, ni tampoco lo hizo cuando el profesor salió del despacho de Albert. Éste se volvió para contemplar larga y detenidamente a la muchacha.

Bastaba mirarla a los ojos para darse cuenta de la decisión que se reflejaba en ellos. Durante unos instantes, Baraz sopesó los pros y los contras, rindiéndose finalmente a la evidencia.

—¡De acuerdo! —suspiró vencido.

Ella se echó a sus brazos.

—Gracias, Albert. Estaba segura de que no me defraudarías. Te quiero mucho, pedazo de estúpido. Y si algo tiene que ocurrirte, prefiero estar a tu lado. Me moriría de dolor si tú desaparecieras.

—¿Y qué me dices de ese caballerete de redactor-jefe?

Ella se echó a reír.

—¡Tonto! Jamás le permitiría que se acercase a mí. Anda, deja que prepare mis cosas. ¿Te parece que haga mi papel de periodista?

—De acuerdo. Pero llevarás una de las pistolas preparadas por el profesor Meunier. Y si se te presenta la ocasión de utilizarla,

¡aprieta el gatillo con todas tus fuerzas!

* * *

El avión se posó blandamente en el terreno del campo de aviación de la isla de Pantelleria.

Con una emoción indescriptible, dando el brazo a Nicolle, a la que había aconsejado que no se separase de él ni un solo instante, Albert fue de los primeros en salir por la portezuela, mirando ansioso y curiosamente a su alrededor.

No pudo por menos de estremecerse.

Vestidos con sencillos monos azules, los Hombres XXI, al menos una delegación de ellos, ofrecían un aspecto tan terrible como paradójico. Sus cuerpos eran normales; más que eso, atléticos.

Pero sus cabezas…

Grandes, enormes, desproporcionadas, con frentes que recordaban vagamente, pero en mayor tamaño, la de un Beethoven. Pero a diferencia del busto del maravilloso músico, el rostro de aquellas criaturas estaba cubierto de arrugas. Parecían tener cientos de años.

¡Y hacía sólo cinco meses que habían nacido!

Uno de los Hombres XXI se acercó a los recién llegados y les dirigió unas breves palabras de bienvenida. Luego les invitó a seguirles, explicándoles que deseaba mostrarles las instalaciones técnicas y científicas que se habían construido en la antigua isla de Pantelleria.

Perdidos entre la gente, hombres y mujeres, que iban escuchando las explicaciones de los monstruos con la boca abierta, se deslizaban los paracaidistas de Bonard, sin apartarse demasiado de su jefe, aparentemente distraídos, pero con todos los músculos de sus atléticos cuerpos en tensión.

Las construcciones llevadas a cabo por los Hombres XXI estaban concentradas en un gigantesco edificio. Los visitantes vieron grandísimos laboratorios, donde las criaturas de enorme cabeza trabajaban silenciosa y activamente.

«Parecen monstruosas hormigas» —pensó Albert, que no había soltado el brazo de Nicolle ni un solo instante.

Mientras, Bonard iba observándolo todo. Se dio cuenta de que,

debido a la disposición abierta de las salas de aquel edificio, situadas a ambos lados de un amplio pasillo, la acción de sus muchachos podría desarrollarse con cierta facilidad.

De todas formas, había allí demasiados Hombres XXI. Y sería necesario, por lo tanto, emplear preferentemente las granadas. El profesor Meunier, al fabricarlas, había tenido una magnífica idea.

Fuera del edificio, el guía de les monstruos enseñó a los visitantes un área muy extensa ocupada por completo por grandes tanques de plástico donde se estaban llevando a cabo cultivos sin tierra, de los llamados hidropónicos.

—Cuando se haya conseguido el desarme general —explicó el guía—, proporcionaremos a la humanidad alimentos suficientes para que la totalidad de los humanos puedan trabajar en tareas mucho más productivas.

Albert frunció el ceño.

—¿Te das cuenta? —dijo a Nicole, acercando sus labios a la oreja de ella—. El profesor Meunier no se equivocaba. Estos monstruos quieren convertirnos en sus esclavos. O quizás en sus soldados para futuras conquistas espaciales. ¡Y pensar que todos estos muñecos no son más que pedazos de un solo y único cerebro!

—Me estremezco sólo al pensarlo —musitó la muchacha.

Para Bonard, había llegado el momento de la acción.

Aprovechando que los visitantes, precedidos por el guía, se adentraban por entre los altísimos tanques de los cultivos hidropónicos, hizo un gesto a sus paracaidistas y, sin que el guía se apercibiese, se separaron del grupo.

—Ha llegado el momento de armar jaleo —explicó—. Vamos a entrar en el edificio principal. Y ahora, oídme bien:

»Nos dividiremos en dos grupos. Ambos realizarán el mismo trabajo. Penetraremos en cada uno de los laboratorios y lanzaremos las granadas, cosa que pueden hacer los dos primeros de cada grupo.

»En cuanto la explosión de las granadas haya pasado, otros dos entrarán en el sitio atacado y acabarán con todos esos “cabezudos”, disparándoles a quemarropa si alguno de ellos ha quedado con vida. ¿Entendido?

Todos hicieron un idéntico gesto de asentimiento.

—Entonces, vamos. Y si alguno de vosotros mete la pata, le

clavaré la aguja en la cabeza, con pistola y todo.

EPÍLOGO

Al principio fue como en los buenos tiempos.

A pesar de que Bonard temía que aquellas criaturas de cabeza gigantoide reaccionasen con la inteligencia que debían de poseer, se encontró con la agradable sorpresa de que, en el fondo, eran como niños.

Lo que el sargento de paracaidistas no podía comprender era que estaba matando simples células de un colosal cerebro que, en aquellos momentos, faltándole conexiones por cada criatura que caía, no podía ordenar nada concreto contra los enemigos que habían desatado su furia sobre él.

Como autómatas, producto de aquel largo aprendizaje en mil acciones bélicas distintas, los paracaidistas realizaron el ataque con la precisión de una máquina de relojería.

Penetraron en el pasillo del edificio y empezaron a lanzar las granadas. Luego remataron a todos aquellos Hombres XXI que no habían sido alcanzados por la metralla cargada de hormonas.

En realidad, los hombres de Bonard cumplían exactamente el trabajo que les había sido encomendado, disparando las agujas al corazón de sus adversarios, no ignorando que lo que tenían que destruir no era aquel cuerpo de apariencia humana, sino la minúscula bestia, encerrada en su habitáculo esferoidal, que como una araña se había instalado en el cerebro de aquellas criaturas.

A pesar del extraordinario número de Hombres XXI que trabajaban en los laboratorios del edificio, Bonard consiguió una matanza completa.

Pero cuando consideraba que todo iba a terminar felizmente, el cerebro multidividido reaccionó, a pesar de la terrible mutilación celular que acababa de sufrir.

Un grupo de Hombres XXI, que ocupaba el último piso del edificio del laboratorio, se apoderó de unos recipientes esferoidales cargados con un contenido que parecía un gas densamente concentrado.

Y cuando los paracaidistas subían por las rampas que conducían al piso superior, las extrañas criaturas lanzaron las esferas. Al explotar, aquellos recipientes vertieron el gas que contenían.

Pero no se trataba de ninguna ponzoña, ni un gas tóxico.

En el aire, el gas tomó la forma de una monstruosa ameba, que emitió larguísimos y densos seudópodos.

Y la materia viva, porque de eso se trataba, atenazó a los hombres de Bonard y les estranguló con una facilidad horripilante.

* * *

Albert apretó angustiosamente el brazo de su compañera.

—Tardan mucho.

—No te pongas nervioso. Ese edificio estaba lleno de criaturas. Parecía un hormiguero.

—De todos modos, estoy preocupado.

El guía seguía precediendo al grupo de visitantes.

Todos ellos habían admirado el contenido de los enormes tanques de plástico donde, en medio de un líquido nutritivo, se mecían, adoptando mil formas distintas, las plantas de los cultivos hidropónicos.

—No puedo más, Nicolle.

Ella apretó el brazo del joven contra su cuerpo.

—Un poco de paciencia, Albert.

—Deberíamos ir al edificio. Por lo menos, yo. ¿Me dejas ir?

Ella denegó enérgicamente con la cabeza.

—¡Nunca!

En aquel momento, la exclamación de uno de los componentes del grupo fue seguida de varios gritos de sorpresa. Abriéndose paso, los dos jóvenes se acercaron a la parte delantera de la comitiva.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Albert.

—¡Mírelo! —exclamó una muchacha de las que estaban en primera fila—. ¡Se ha desplomado! Como si le hubiese caído un rayo encima.

En efecto, el guía yacía en el suelo, en una posición grotesco, boca abajo.

Desasiéndose del brazo de Nicolle, Albert se acercó a la monstruosa criatura y le dio la vuelta al cuerpo. En medio de la frente había un agujero, apenas perceptible, por el que empezaba a escaparse una minúscula gota de sangre.

Aquello fue una revelación para el periodista.

—¡Vamos! —gritó.

Y echó a correr, empuñando la pistola de jeringuilla, seguido de cerca por la muchacha, que también había sacado el arma de su bolso.

* * *

Le faltaban ideas.

Después de la terrible mutilación que acababa de experimentar, habiendo perdido más de las dos terceras partes de las células de su cerebro, la fantástica criatura cósmica intentaba reaccionar.

Estaba trabajando con una exigua cantidad de elementos nerviosos. Sólo varios centenares de Hombres XXI se había librado del asalto de los paracaidistas del sargento Bonard.

La invisible criatura, subdividida en todas aquellas pequeñas partículas alojadas en el cerebro de los niños terrícolas, hacía poderosos esfuerzos por coordinar las ideas.

Sabía que había sido vencido.

Contando con la estupidez de la raza que habitaba el Tercer Mundo, la criatura se había considerado triunfadora desde el principio. Había estado estudiando el comportamiento de aquellos curiosos seres durante cerca de cincuenta años. Desde 1945, en que se acercó al planeta número tres de aquel Sistema Solar, observó con toda atención la vida de todas las grandes naciones de la Tierra.

La separación en pueblos, las ambiciones de unos cuantos, la estupidez de los más, la ceguera y la ignorancia preparaban un terreno magnífico para el plan proyectado por la criatura cósmica.

Nada más sencillo que someter a aquel mundo, donde las divergencias eran mucho más fuertes que la unión que hubiera debido existir entre todas las razas, entre todos los pueblos.

Primero envió una corriente radiactiva, a principios de 1999,

provocando la destrucción de ciertos cromosomas y asegurándose así de que todos los individuos que se disponía a utilizar, los nacidos en el primer día del año dos mil, serían solamente varones.

A lo largo de las observaciones que había estado haciendo desde el espacio, la criatura cósmica descubrió una serie de sustancias sumamente peligrosas para la integridad de su existencia. Y aquellas sustancias abundaban en ciertos individuos de la raza humana, justamente los encargados de la gestación de los nuevos seres.

Pero el esfuerzo mental era imposible. Por eso, en última instancia, se dio cuenta de que la única manera de escapar, al menos por el momento, hasta poder ganar después el espacio exterior, era concentrar las células restantes de su poderoso cerebro en un solo cuerpo.

Dio la orden.

* * *

Corriendo hacia el edificio, los dos periodistas vieron, de repente, un grupo de Hombres XXI que parecía dirigirse hacia ellos para cortarles el paso.

—¡Cuidado! —advirtió Albert—. ¡Ocultémonos!

Lo hicieron detrás de uno de los enormes tanques de cultivos hidropónicos. Asomando la cabeza, Albert vio que las extrañas criaturas, sin causa aparente alguna se desplomaban, de la misma manera que lo había hecho el guía del grupo de visitantes.

—¡Vamos! —ordenó, echando a correr.

Se detuvo junto a los desplomados Hombres XXI.

Le bastó una ojeada para ver, en las enormes frentes, el característico agujero por el que escapaba una gota de sangre, apenas perceptible.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nicolle.

—Está reuniendo las células que le quedan en un solo cerebro —repuso el periodista—. Eso quiere decir que sólo quedará un Hombre XXI. Pero ¡será el más peligroso de todos!

—Y ¿qué piensas hacer?

Albert cerró los puños, apretando con fuerza el arma que empuñaba su mano derecha.

—¡Destruirle! Mientras quede una sola de estas demoníacas

criaturas, la humanidad seguirá en peligro.

Avanzaron de nuevo hacia el edificio.

El espectáculo que observaron en el interior hizo estremecer a la muchacha. Por todas partes abundan los cadáveres de las criaturas de cabeza gigantesca. Pero, cuando llegaron a la rampa y la escalonaron con toda clase de precauciones, para subir hacia las plantas altas, Nicolle lanzó un grito de dolor.

Allí estaban los cadáveres de los paracaidistas.

Una forma nebulosa se había posado sobre ellos y parecía corroerlos, como si un extraño ácido hubiese sido vertido sobre los cuerpos de los hombres del sargento Bonard.

—¡Vamos! —exclamó Albert, cogiendo a Nicolle por la mano.

Siguieron subiendo.

Cuando le vieron, se quedaron parados, en la puerta de aquel laboratorio. El Hombre XXI, cuya cabeza parecía haber crecido todavía más que la de sus congéneres, estaba sentado, de espaldas a la puerta.

Albert se dio cuenta de que la extraña criatura había reunido en aquella descomunal cabeza la totalidad de las células nerviosas que habían quedado vivas después de la sistemática destrucción de los paracaidistas.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Allí estaba el culpable de todo. Invisible para los ojos humanos, pero concretándose en la forma grotesca de aquel ser cabezudo. Y lo más terrible era que, en aquellos momentos, estaba pensando, haciendo cálculos para conseguir enderezar la situación en la que la decisión de los humanos le había colocado.

«No puedo fallar» —se dijo Albert, presa de una angustia indecible—. «Todo depende de mi puntería en estos momentos».

Maldijo no ser uno de los hombres de Bonard.

Si el sargento hubiese estado a su lado, el disparo habría sido matemático, preciso, implacable.

Alargó la mano armada.

Recordando las explicaciones que había dado el sanitario en el cuartel de los paracaidistas, calculó la posición exacta del espacio intercostal por el que la aguja debía penetrar para verter el contenido de la jeringuilla directamente en el corazón.

Junto a él. Nicolle estaba pálida como una muerta.

El índice derecho de Albert hizo que el gatillo recorriese el margen de seguridad.

—Ayúdame, Señor. Sé que los humanos somos una pandilla de estúpidos, pero no dejes que esta pobre raza perezca en manos de una inteligencia monstruosa.

Apretó el gatillo.

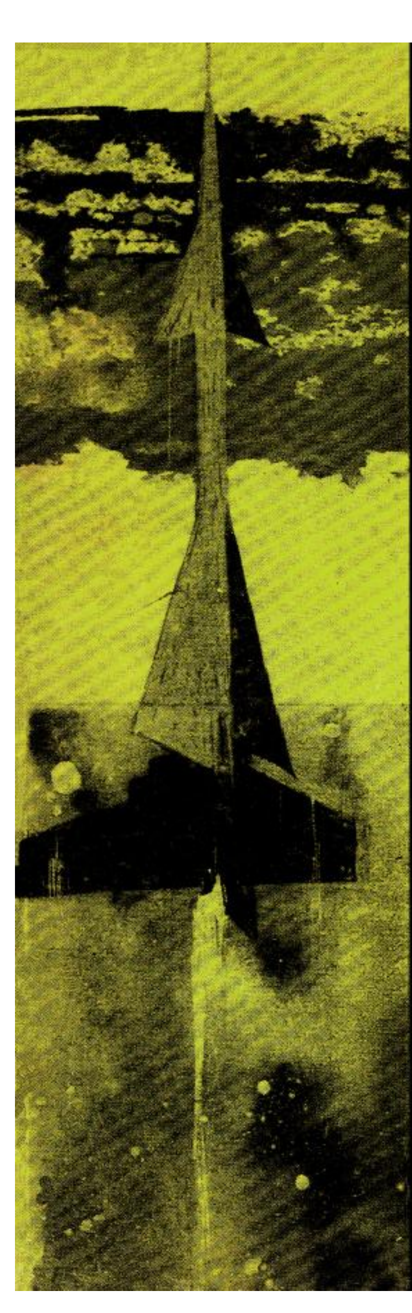
Al recibir el impacto, el Hombre XXI consiguió ponerse en pie y volverse para mirar con ojos centelleantes a los dos humanos. Luego, medio segundo más tarde, se desplomaba pesadamente.

Nicolle lanzó una exclamación de gozo.

Luego echó los brazos al cuello de Albert, le miró con fijeza a los ojos y le dijo:

—Ya sé que la emoción no te deja hablar, amor mío. Pero lo has conseguido. Y eso es lo que cuenta. Esperemos que nosotros, los humanos, saquemos provecho de esta terrible lección.

FIN



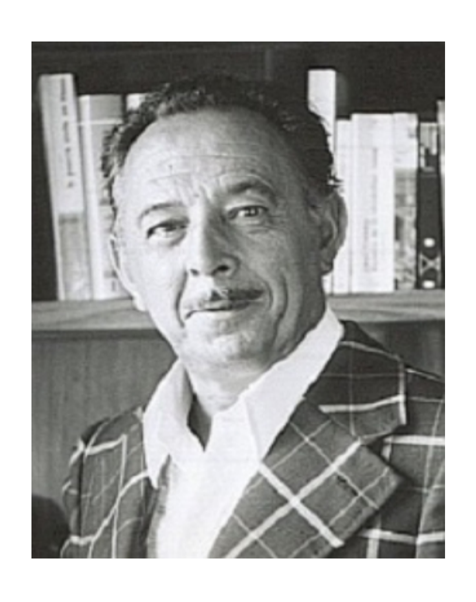
En el siglo XXIII,
como ahora, un asesinato
será cosa de humanos,
pero descubrir
al culpable será...

SÓLO PARA ROBOTS

Autor:
LOUIS G. MILK

Próximo número.

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.